



LA AMENIDAD

BOLETIN SEMANAL DE ILUSTRACION Y RECREO

KERABAN EL TESTARUDO

POR

JULIO VERNE.

—¿Qué decís?

—En Scutari, por lo ménos —repuso Selim.

—¿En Scutari?

—No puede efectuarse más que en Constantinopla.

—¿En Constantinopla.....?—respondió Keraban.—

¿Y por qué?

—Por que el juez de Scutari rehusa absolutamente el hacer el registro del contrato.

—¿Rehusa?—dijo Ahmet.

—Sí; bajo pretexto que el domicilio de Keraban, y por consecuencia el de Ahmet, no se halla en Scutari sino en Constantinopla.

—¿En Constantinopla?—repitió Keraban, cuyas cejas comenzaron á fruncirse.

—Porque —repuso Selim— es hoy el último día asignado en el matrimonio de mi hija para que pueda entrar en posesion de la fortuna que le ha sido lega-

da. Es necesario, por lo tanto, sin perder un momento, ir á casa del juez que arreglará el contrato en Constantinopla.

—Partamos —dijo Ahmet, dirigiéndose hácia la puerta.

—Partamos —añadió Amasia, que le seguía ya.

—Señor Keraban. ¿os contrariaria el acompañarnos? —preguntó la jóven.

El señor Keraban estaba inmóvil y silencioso.

—Pues bien, tio —dijo Ahmet, volviendo.

—¿No venís?—dijo Selim.

—¿Será preciso que emplee la fuerza?—añadió Amasia, que cogió dulcemente el brazo de Keraban.

—He hecho preparar un caique —dijo Selim— y no hacemos más que atravesar el Bósforo.

—¿El Bósforo?—exclamó Keraban.

Despues, con un tono seco, dijo:

—Un instante, Selim; ¿el impuesto de diez paras

por persona es exigido todavía á los que atraviesan el Bósforo?

—Sí, sin duda, amigo Keraban—dijo Selim.—Pero sin embargo de que os habeis burlado de las autoridades otomanas yendo de Constantinopla á Scutari sin pagar, creo que no rehusaréis.

—Rehusaré—respondió claramente Keraban.

—Entonces no os dejarán pasar—repuso Selim.

—¡Sea.... no pasaré!

—¿Y nuestro matrimonio....—exclamó Ahmet—nuestro matrimonio que debe efectuarse hoy mismo?

—Os casaréis sin mí.



Me acompañarás, Bruno.

—¡Imposible! Sois mi tutor, tío Keraban, y, lo sabeis demasiado, vuestra presencia es indispensable.

—Pues bien, Ahmet, aguarda á que haya hecho establecer mi domicilio en Scutari.... y te casarás en Scutari.

Todas aquellas respuestas las dió con un tono tan ágrico, que debía dejar pocas esperanzas á los contradictores del terco personaje.

—Amigo Keraban—repuso Selim—hoy es el último día.... lo ois, y toda la fortuna que debe ser de mi hija, se perderá si....

Keraban hizo una señal negativa con la cabeza, acompañada con un gesto todavía más negativo.

—¡Tío!—exclamó Ahmet—no querreis....

—Si me obligan á pagar diez paras—respondió

Keraban—jamás, sí, jamás pasaré el Bósforo. ¡Por Allah! mejor volvía á dar la vuelta al mar Negro para ir á Constantinopla.

Y verdaderamente, el testarudo hubiese sido capaz de volver á comenzar el viaje.

—Tío—repuso Ahmet—está mal lo que haceis. Esa terquedad en semejantes circunstancias, permítidme que os lo diga, no puede explicarse en un hombre como vos.... Vais á causar la desgracia de los que siempre os han demostrado la más viva amistad. Eso está mal.

—¡Ahmet, mira lo que hablas!—respondió Keraban con tono sordo, que indicaba una cólera prestá á estallar.

—¡No, tío, no!.... Mi corazón se desborda, y nada

me impedirá hablar.... ¡Eso.... eso es de un mal hombre!

—¡Querido Ahmet—dijo entonces Amasia—calmaos! No habéis así de vuestro tío!.... ¡Si esa fortuna con lo que tenías derecho de contar, se os escapa.... renunciad á ese matrimonio!

—¡Que renuncie á vos!—respondió Ahmet abra-

zando á la jóven contra su pecho.—¡Jamás, no, jamás, venid!.... ¡Abandonemos esta ciudad para no volver más! ¡Todavía nos quedará con qué pagar diez puras para pasar á Constantinopla!

Y Ahmet en un movimiento del que no se dió cuenta, arrastró á la jóven hácia la puerta.

—¿Keraban?—dijo Selim que intentó por última



Algunos instantes despues todos se embarcaban en un caique.

vez, el volver atrás de su determinacion á su amigo.

—¡Dejadme, Selim, dejadme!

—¡Vamos, partamos, padre mio!—dijo Amasia, arrojando sobre Keraban una mirada humedecida de lágrimas que no podia retener.

Iba á dirigirse hácia Ahmet á la puerta del salon, cuando éste se detuvo.

—Por última vez, tío—dijo—¿rehusais acompañarnos á Constantinopla, á casa del juez, en donde vuestra presencia es indispensable para nuestro matrimonio?

—Lo que rehusó—respondió Keraban, cuyo pié golpeó el entarimado hasta hundirlo—es someterme jamás á pagar ese impuesto.

—¡Keraban!—dijo Selim.

—¡No, por Allah, no!

—Pues bien, adiós, tío—dijo Ahmet.—¡Vuestra terquedad nos costará una fortuna!.... ¡Habréis arruinado á la que debiera ser vuestra yerna!.... ¡Sea, no es la fortuna la que yo siento!.... Pero habréis traído una tardanza á nuestra felicidad!.... ¡No nos volveremos á ver jamás!

Y el jóven, llevando á Amasia, seguido de Selim, Nedjeb y Nizib, salió del salon, despues de la posesion, y algunos instantes despues, todos se embarcaban en un caique para volver á Constantinopla.

El señor Keraban se quedó solo, iba y venia con la más extrema agitación.

—¡No, por Allah, no, por Mahoma!— se decía.— ¡Será indigno de mí!... ¡Haber dado la vuelta al mar Negro por no pagar el impuesto, y, á la vuelta, sacar de mi bolsillo diez paras... ¡No, mejor no volvería á poner el pié en Constantinopla!... ¡Vendería mi casa de Galata!... ¡Cesaría los negocios!... ¡Daría toda mi fortuna á Ahmet, para reemplazar lo que Amasia pierde!... ¡Será rico... y yo... seré pobre... pero no, no cederé jamás... No cederé!

Y al hablar así el combate que tenía lugar en él se desencañaba con más violencia.

—¡Ceder, pagar!— repetía.— Yo, Keraban... Llegar ante el jefe de policía que me desafía... que me vió partir... que aguarda mi vuelta... que me desprecia ante todos reclamándome ese odioso impuesto... ¡jamás!

Era visible que el señor Keraban luchaba con su conciencia, y que sentía que las consecuencias de aquella terquedad, absurda en el fondo, recaerían sobre otros que no fuesen él.

—¡Sí!— repetía— ¿pero Ahmet querrá aceptar? ¡Ha partido desolado y furioso de mi terquedad!... ¡Yo concibo... en fiero... rehusará todo de mí... veamos... soy un hombre honrado!... ¿Voy por una estúpida resolución á impedir la felicidad de esos jóvenes?... ¡Ah, que Mahoma abegne al Divan entero, y con él todos los turcos de nuevo régimen!

El señor Keraban andaba por el salón con paso febril. Empujaba con el pié los divanes y los cojines. Buscaba algún objeto frágil que romper para calmar su furor, y bien pronto dos volaron en pedazos. Después volvía siempre á lo mismo.

—¿Amasia... Ahmet... no? ¡No puedo ser la causa de su desgracia... y esto, por una cuestión de amor propio... ¡retardar su matrimonio... es impedirlo tal vez!... Pero ¡ceder!... ¡ceder!... ¡yo!... ah, que Allah me ayude!

Y, á aquella última invocación, el señor Keraban, poseído de una de esas cóleras que no pueden traducirse ni con gestos ni con palabras, se lanzó fuera del salón.

XVI.

DONDE SE DEMUESTRA UNA VEZ MÁS QUE NO HAY NADA COMO LA CASUALIDAD PARA ARREGLAR LAS COSAS.

Si había fiesta en Scutari, si en sus barrios, desde el puerto hasta el kiosko del sultan, había muchedumbre, ésta no era ménos considerable al otro lado del estrecho, en Constantinopla, en los barrios de Galata, desde el primer puente de barcas hasta los cuarteles de la plaza de Top-hané. Tanto las aguas dulces de Europa, que forman el puerto del Cuerno de Oro, como las aguas saladas del Bósforo, desaparecían bajo las flotillas de caiques; empavonadas embarcaciones, chalupas de vapor llenas de turcos, albanos, griegos, europeos ó asiáticos, que hacían un incesante va y viene entre las orillas de los dos continentes.

Verdaderamente debía haber un atractivo y poco ordinario espectáculo el que podía atraer tal concurso popular.

Por lo tanto, cuando Ahmet y Selim, Amasia y

Nedjeb, después de haber pagado el nuevo impuesto desembarcaron en la escalera de Top-hané, se encontraron trasportados en un rurun de placeres, en los que estaban de poco humor para tomar parte.

Pero, puesto que el espectáculo, cualquiera que fuese, había tenido el privilegio de atraer tal multitud, era natural que el señor Van Mitten, su futura, la noble Saraboul, y su cuñado el señor Yanar, seguidos del obediente Bruno estuviesen en el número de curiosos.

Así se explica que Ahmet encontrase á sus antiguos compañeros de viaje. ¿Era Van Mitten quien buscaba á su nueva familia, ó era éste quien le buscaba á él? Este último caso parece infinitamente más probable.

En el momento en que Ahmet los encontró, Saraboul decía á su esposo:

—Sí, señor Van Mitten, tenemos fiestas más bonitas en Kurdistan.

Y Van Mitten respondía con tono resignado:

—¡Estoy dispuesto á crearlo, bella Saraboul!

Lo que le valió de Yanar esta seca respuesta:

—¡Y hacéis bien!

En aquel momento algunos gritos (gritos que denotaban cierta impaciencia) se oían entre aquella multitud; pero Ahmet y Amasia no prestaron atención.

—No, querida Amasia— decía Ahmet.— Yo conozco bien á mi tío, y sin embargo jamás le hubiera creído capaz de llevar su terquedad hasta tal dureza de corazón.

—¿Entonces— dijo Nedjeb— mientras haya que pagar ese impuesto, no vendrá jamás á Constantinopla?

—¿Él? ¡Jamás!— respondió Ahmet.

—¡Si siento esta fortuna que el señor Keraban nos va á hacer perder— dijo Amasia— no es por mí, es por vos, mi querido Ahmet, por vos solo!

—¡Olvidemos eso!— respondió Ahmet.— Y para olvidarlo mejor, para romper con ese intratable tío, en quien yo he visto un padre hasta aquí, abandonáremos Constantinopla para volver á Odessa.

—¡Ah! Ese Keraban— exclamó Selim, que estaba ya abrumado— sería digno del peor suplicio.

—Sí— respondió Nedjeb— como, por ejemplo, ser el marido de esa kufda. ¿Por qué no se ha casado con ella?

No es necesario decir que Saraboul, distraída enteramente con el esposo que acababa de reconquistar, no entendió aquella nada cortés reflexión de Nedjeb ni la respuesta de Selim, diciendo:

—¿Él? Hubiera acabado por domarla... como, á fuerza de terquedades, donaría á bestias feroces.

—¡Tal vez!— murmuró Bruno melancólicamente.— Pero la verdad es que mi pobre amo es quien ha entrado en la jaula.

Sin embargo, Ahmet y sus compañeros no tomaban más que un mediano interés á todo lo que pasaba en los barrios de Pera y del Cuerno de Oro. En la disposición de espíritu en que se encontraban, aquello les interesaba poco, y apenas si oyeron decir un turco á otro:

— Un hombre verdaderamente audaz ese Storchí. ¡Osar atravesar el Bósforo..... de una manera.....

— Sí — respondió el otro riéndose — de una manera que no han previsto los colectores encargados de cobrar el nuevo impuesto de los cañones.....

Pero si Ahmet no trató de enterarse de lo que decían aquellos dos turcos, le fué necesario responder, cuando oyó que le Interpolaban directamente con estas palabras:

— ¡Usted por aquí señor Ahmet!

Era el jefe de policía, el mismo cuyo reto había lanzado al señor Keraban en aquel viaje al rededor del mar Negro, quien le dirigía la palabra.

— ¡Ah! ¿Sois vos, señor? — respondió Ahmet,

— Sí..... y felicito á V. cordialmente. Acabo de saber que el señor Keraban ha logrado sostener su promesa. Ha llegado á Scutari sin haber atravesado el Bósforo.

— En efecto — replicó Ahmet con un tono bastante seco.

— ¡Es heroico! El no pagar diez paras, le habrá costado algunos miles de libras.

— ¿Cómo lo decía!

— ¡Pues ha hecho un buen negocio el señor Keraban! — respondió irónicamente el jefe de policía. — El impuesto existirá siempre, y por poco que todavía persista en su terquedad, se verá obligado á volver por el mismo camino á Constantinopla.

— Si quiere, lo hará — repuso Ahmet, que, aún furioso contra su tío, no estaba de humor para escuchar sin responder las burlonas observaciones del jefe de policía.

— ¡Bah! Acabará por caer — repuso éste — y atravesará el Bósforo..... Pero los guardas acechan los cañiques y le aguardan en el embarcadero. Y, á menos que no pase á nado..... ó volando.....

— ¿Por qué no, si le conviene? — replicó secamente Ahmet.

En aquel momento un vivo movimiento de curiosidad agitó la multitud. Un murmullo más acentuado se dejó oír. Todos los brazos se extendieron hacia el Bósforo, convergiendo con Scutari. Todas las cabezas estaban levantadas.

— ¡Allí está!..... ¡Storchí, Storchí!.....

Por todas partes resonaban gritos.

Ahmet y Anasia, Selim y Nadjeb, Saraboul, Van Mitten y Yanar, Bruno y Nizib se encontraban entonces en la esquina del barrio del Cuerno de Oro cerca de la escalera de Top-hané, y pudieron ver el conmovedor espectáculo que se ofrecía á la curiosidad pública.

Del lado de Scutari, fuera de las aguas del Bósforo, á unos seiscientos pies de la orilla, se eleva una torre, impropriamente denominada Torre de Leandro. En efecto, es el Helesponto, es decir, el actual estrecho de los Dardanelos, el que aquel célebre nadador atravesó entre Sestos y Abydos para reunirse á Flero, la encantadora sacerdotisa de Venus, bazaña que fué renovada hace sesenta años por lord Byron, fiero como puede serlo un inglés, por haber franqueado en una hora y diez minutos los dos mil metros que separan las dos orillas.

¿Es que aquella proeza iba á ser renovada, á través del Bósforo, por algun aficionado envidioso del héroe mitológico y del autor del *Corsario*? No.

Una larga cuerda estaba extendida entre las orillas de Scutari y la Torre de Leandro, cuyo nombre moderno es Keur-Koulessi, lo que significa Torre de la Virgen. Desde allí, esta cuerda, despues de tomar un punto de apoyo sólido, atravesaba todo el estrecho con una distancia de trescientos metros, y venia á terminar en un pylon de madera colocado en el ángulo del barrio de Galata y de la plaza de Tophané.

Por esta cuerda era por donde el famoso Storchí (un emulo del no menos famoso Blondin) iba á intentar franquear el Bósforo. Es verdad que al Blondin, atravesando el Niágara, arriesgaba su vida en una caída de cerca de ciento cincuenta piés en medio de las irresistibles corrientes de la catarata, aquí, en aquellas aguas tranquilas, Storchí, en caso de accidente, lo mas que le podía suceder era un chapuzón, del que saldría sin gran daño.

Lo mismo que Blondin atravesó el Niágara llevando en sus espaldas á un muy confiado amigo suyo, lo mismo Storchí iba á seguir aquel camino aereo con uno de sus compañeros de gimnasia. Solamente que no le llevaba sobre sus espaldas, sino que iba á trasportarle en una carretilla, cuya única rueda, con una garganta en la llanta, debía adaptarse mas sólidamente todo lo largo de la cuerda.

Se convenirá en que era un curioso espectáculo: ¡trescientos metros en una vez de novecientos pies del Niágara! ¡Camino largo y propicio á más de una caída!

Sin embargo, Storchí habia aparecido en la primera parte de la cuerda, que unia la orilla asiática con la Torre de la Virgen. Empujaba á su compañero ante él en la carretilla, y llegó sin accidente al tayo, colocado en la cima de Keur-Koulessi.

Numerosos hurras saludaron aquel primer éxito. Entonces se vió al gimnasia descender rectamente por la cuerda, que por fuerte que se hubiese tendido, se encorvaba en su mitad casi hasta tocar las aguas del Bósforo. Siempre llevando á su compañero, avanzando con pié seguro y conservando el equilibrio con una imperturbable destreza, era verdaderamente maguifico.

Cuando Storchí hubo pasado la mitad del trayecto, las dificultades llegaron á ser mas grandes, porque se trataba de subir la pendiente para llegar á la cima del pylon. Pero los musculos del acrobata eran vigorosos, sus brazos y sus piernas funcionaban maravillosamente y empujaba siempre la carretilla, en donde se hallaba su compañero inmóvil, imposible, tan expuesto y tan bravo como él, de seguro, y que no se permitía un solo movimiento que pudiese comprometer la estabilidad del velcedo.

Finalmente, un concierto de admiración y un grito de alegría estallaron.

Storchí habia llegado, sano y salvo, á la parte superior del pylon, y descendia, lo mismo que su compañero, por una escalera que concluía en el ángulo del barrio en donde Ahmet y los suyos estaban situados.

El audaz aeronauta había logrado su objeto, pero se convendrá que el compañero que Storchí acababa de llevar en la carretilla tenía derecho á la mitad de los *bravos* que el Asia, en su honor, enviaba á Europa.

¡Pero qué grito arrojó entónces Ahmet! ¿Debian, podían creerlo sus ojos? El compañero del célebre acróbata, despues de haber estrechado la mano de

Storchí, se habia detenido ante él y le miraba sonriendo.

—¡Keraban, mi tío Keraban!— exclamó Ahmet, mientras los ojos de las dos jóvenes, Saraboul, Van Mitten, Yanar, Selim y Bruno todos se apretaban á sus lados.

¡Era el señor Keraban en persona!



Storchí había aparecido en la primera parte de la escena.

—Yo mismo, amigos míos—respondió con acento de triunfo—yo mismo, que he encontrado á ese bravo gimnasta presto á partir; yo, que me he colocado en lugar de su compañero; yo, que he pasado el Bósforo!..... no.... por encima, el Bósforo, para venir á firmar tu contrato, sobrino Ahmet!

—¡Ah! ¡señor Keraban, tío mio!—exclamaba Amasia.—¡Ya sabía yo que no nos abandonaríais!

—¡Está bien esto!—repetía Nedjeb batiendo palmas.

—¡Qué hombre!—dijo Van Mitten.—No se encontraría otro semejante en toda Holanda.

—Esa es mi opinión—respondió bastante secamente Saraboul.

—Si, he pasado y sin pagar—repuso Keraban dirigiéndose aquella vez al jefe de policia.—Si, sin pagar.... á no ser dos mil piastras que me ha costado mi sitio en la carretilla y las ochocientas mil gastadas durante el viaje.

—Os felicito cordialmente—respondió el jefe de policia, que no tenía otra cosa que hacer que inclinarse ante parecida terquedad.

Los gritos de aclamacion resonaron entónces de todas partes en honor del señor Keraban, mientras que este feliz testarudo abrazaba con todo su corazón á sus hijos Amasia y Ahmet.

Pero no era hombre que perdía el tiempo, ni aún en la embriaguez del triunfo.

—Y ahora, vamos á casa del juez de Constantino-
pla—dijo.

—Si, tío mio, á casa del juez—respondió Ahmet.
—¡Ah! sois el mejor de los hombres.

—Y digais lo que digais—replicó el señor Kera-
ban—no muy testarudo.... á no ser que me con-
trarian.

Es inútil insistir sobre lo que pasó en seguida.
Aquel mismo día, por la tarde, el juez arreglaba el
contrato, despues el imán decia una oracion en la
mezquita, despues entraban en la casa de Galata, y
antes que la media noche del 30 de aquel mes so-
nase, Ahmet estaba casado, bien casado, con su
querida Amasia, con la riquisima hija del banquero
Selim.

Aquella misma noche, Van Mitten, anonadado,
se preparaba á partir para Kurdistan en compañía
del señor Yanar, su cuñado, y la noble Saraboul, á
la que una última ceremonia, en aquel país lejano,
iba á hacer definitivamente su mujer.

En el momento de la despedida, en presencia de
Ahmet, de Amasia, de Nedjeh y de Bruno, no pudo
ménos de decir como un dulce reproche á su amigo:

—Cuando pienso, Keraban, que por no haber
querido contrariaros me veo casado.... ¡segunda vez
casado!

—Mi pobre Van Mitten—respondió el señor Ke-
raban—si ese matrimonio llega á ser otra cosa que
un sueño, no me lo perdonaré jamas.

—¡Un sueño!—repuso Van Mitten.—¿Por ca-
sualidad se parece á un sueño? ¡Ah, sin este tele-
grama!....

Y al hablar así sacaba de su bolsillo el arrugado
despacho y le recorria maquinalmente con la vista.

—Si, este despacho.... «*La señora Van Mitten,
enterrada desde hace cinco semanas.... de la lle-
gada....*

—¿Enterrada de la llegada?—exclamó Keraban.
—¿Qué significa eso?

Despues, arrancándole el despacho de las manos,
leia:

«*La señora Van Mitten, enterada desde hace cinco
semanas de la llegada de su marido, ha partido
para Constantinopla.*»

—¡Enterrada.... por enterada!

—¡No estoy viudo!

Aquellas palabras se escapaban de todas las bocas,
mientras Keraban exclamaba, no sin razon esta vez:

—¡Un error más de ese estúpido telégrafo! ¡Ja-
mas hace otra cosa!

—¡No, no estoy viudo! ¡no estoy viudo!—repe-
tia Van Mitten.—¡Y muy feliz de volver á mi pri-
mera mujer.... por miedo de la segunda.

Cuando el señor Yanar y la noble Saraboul supie-
ron lo sucedido, hubo una terrible explosión. Pero al
fin fué necesario conformarse. Van Mitten estaba
casado, y aquel mismo día encontraba á su primera,
su única mujer, que le traia, en señal de reconcilia-
ción, una magnífica cebolla de *Valencia*.

—Habrá mejores, hermana mia—dijo Yanar
para consolar á la inconsolable viuda—mejores
que....

Que ese tómpano de holandes—respondió la noble
Saraboul—y no será difícil.

Y partieron ambos para el Kurdistan; pero es
probable que una generosa indemnización de trasla-
ción, ofrecida por el rico amigo de Van Mitten, con-
tribuyese á hacer ménos penosa la vuelta á aquel le-
jano país.

Pero, en fin, el señor Keraban no podía tener
siempre una cuerda tendida de Constantinopla á
Scutari para pasar el Bósforo. ¿Renunció á atrave-
sarle jamas?

¡No! Durante mucho tiempo estuvo bien y no se
movió. Pero un día fué simplemente á ofrecer al
Gobierno que le vendiesen el derecho sobre los cui-
ques. La oferta fué aceptada. Esto le costó mucho
dinero, sin duda, pero llegó á ser más popular toda-
vía, y los extranjeros no faltan jamas á visitar á
Keraban el Testarudo, como una de las más extra-
ñas curiosidades de la capital del Imperio Oto-
mano.

LOS MISTERIOS DEL BOSQUE VIRGEN,

POR LUIS BOUSSENARD.

TRADUCCION DEL FRANCÉS POR ALFREDO GARCÍA LÓPEZ.

CAPÍTULO PRIMERO.

El despertar en el campo de Oro. — Negros, indios y chinos. — El bachiller de Mana. — El placer *Fortuna*. — Aspecto de una explotación aurífera. — Grito de angustia y trampa mortal. — ¿Qué es *Maman-de-l'Éau*? — Los enjambres del háds guayaneses. — Lágrimas chistas de Maman-de-l'Éau. — Lo que es un *arabato*. — Los estríctos golpeadores. — Los misterios del bosque virgen.

El dulce canto del *tocero* se dejó oír a lo lejos debajo de la enramada como el arrullo de la tortola. Los primeros rayos del sol doraban ya las más elevadas copas del bosque virgen, mientras los troncos, rectos y lisos como pilares góticos, se sumergían en la densa sombra coloreada por imperceptibles tintas violáceas.

Las hojas inmóviles fulguraban como si estuvieran iluminadas por un incendio que se acercaba sin cesar. El matiz de púrpura decrecía rápidamente a medida que el astro se elevaba. Las ramas intermedias comenzaban a enrojecer, y durante dos minutos la luz intensa que venía de lo alto flotó como una nube de claridad sobre la capa de tinieblas que se hizo más oscura por momentos.

Se trabó un antagonismo de algunos instantes, pero la noche fué vencida. La atmósfera, no refrescada por la brisa, era sofocante; al cabo de pocos minutos se convertiría en un horno.

Aquella salida de sol había durado menos de un cuarto de hora. La púdica aurora, apartada para siempre de las regiones ecuatoriales, no anunció con su dulce resplandor al astro del día. El fresco céfiro, desconocido en aquel antro de ciclope, no agitó los vegetales calcinados. El astro había brotado en la noche como un bólide enrojecido.

Un toque de trompa, sordo y prolongado como el mugido de un toro inquieto, resonó en él claro.

El *placer* se despertó.

Aquella señal iba todos los días acompañada de gritos bulliciosos, risas, exclamaciones y cantaras salían de las cabañas dispuestas en forma de vastísimo cuadrado, cuyos lados rodeaban una explanada todavía cubierta de grandes troncos.

En la hora del *bujaron*, es decir, del reparto diario de una abundante ración de aguardiente, destinada a combatir los miasmas producidos durante la noche. Los trabajadores negros, indios y chinos salían del departamento señalado a los individuos del mismo origen, a fin de evitar los antagonismos que podían originarse a causa de las diferentes costumbres, razas y creencias.

El negro, generalmente alegre, marchaba riéndose, moviendo sus grandes ojos, que parecen de porcelana, y trazando un paso coreográfico inspirado por la Terpsicore ecuatorial, la más fantástica de todas.

El indio, rígido como una estatua de bronce, no ménos impassible que un Buda de metal; pero ebrio como Baco y Alejandro, los conquistadores de su país, estaba sentado a la puerta del almacén.

Por último, el chino, ese judío del extremo Oriente, para quien son desconocidas las necesidades materiales y que vive animado por la única esperanza de atesorar, caminaba afligido, con la trenza recogida, deslizando su rostro aplastado como el de un mono a través de los torsos de bronce y de ébano, *Master John Chinaman*, como dicen los ingleses, llevando su *cui* asido con las yemas de sus dedos encorvados, no parecía tener prisa. El astuto esperaba a que sus compañeros consumieran de un trago la ración distribuida por el encargado del almacén.

Entonces se acercaba, recibía su bujaron, retirándose lentamente seguido por las miradas envidiosas de aquellos bebedores. El aspecto del líquido encendía los ojos antes de abrasar los estómagos. John Chinaman no tenía tiempo para entrar en su cabaña. Los borrachos se aproximaban a él proponiéndole comprar el bujaron. John discutía con su voz de campana rajada el importe de la transacción, elevaba la paja, y el feliz comprador pagaba adelantado. John se embolsaba los centimos conveidos, entregando el aguardiente que descendía al cráter sin fondo.

Aquella mañana presentaban los alrededores del almacén un aspecto insólito. El establecimiento se hallaba silencioso y los bebedores, peso raro e incomprendible! salían de sus cabañas lentos y tristemente. El encargado del almacén tuvo que llamas por segunda vez. Ningun buscador de oro recordaba un hecho semejante. Con mayor razon nadie había visto algo parecido en el *placer Fortuna*, que contaba dos meses de existencia.

Presentáronse los obreros con el aire torpe de gentes que no saben disimular y que obedecen a una consigna misteriosa. Todos, exceptuando los chinos escépticos e indiferentes, parecía que eran presa de sombría inquietud. Los dicharachos y las pantomimas del guarda-almacén, un robusto negro de la aldea de Mana, de rostro jovial y taimado, no hacían *resé* a nadie. Sin embargo, el alegre compadre que ocupaba aquel puesto de confianza tenía una verbosidad inagotable. Sabía leer, escribir y contar, y estaba un poco orgulloso de su erudición. Se llamaba Mario, pero generalmente era conocido por el *bachiller de Mana* (1).

(1) Los habitantes de la localidad de Mana, la más poblada después de Cayena, poseen una instrucción elemental bastante completa. Este bachiller se le llama a Mame Javonby, fundador de la congregación de San José de Ghony, que desde 1828 hasta 1848 fué el alma del reciente pueblo. Los demás negros de Guayana dan por este motivo el nombre de *bachilleres de Mana* a los instruidos de aquel pueblo.—L. B.

Los mineros bebieron el café de aguardiente recibiendo los víveres para el día: 750 gramos de *caac*, 250 de bacalao y 30 de mantequilla fresca. Luego entraron en sus cabañas más silenciosos y más tristes que nunca.

El director del placer, preocupado por aquel silencio, salió de su cabaña, que formaba el cuarto lado del cuadrado, y se apoyó indolentemente en un pie derecho de mutuchi que sostenía el cobertizo. Era un hombre de elevada estatura, de unos treinta años, delgado, pero fuerte. Sus ojos grises se destacaban por su mirada de acero sobre el pálido rostro, rodeado por una barba fina, rubia como su cabello. Cubría su cabeza el sombrero gris ancho de alas que llevan los buscadores de oro en Guayana, á iba vestido con camisa de algodón rayado sujeta al pantalón mediante una faja de franela roja. Era un criollo blanco de la isla de Saint-Thomas, pero francés de origen. Se llamaba Du Vallon.

Quien no estuviera familiarizado con las costumbres de los trabajadores coloniales, no habría notado nada insólito en su conducta. Pero aquella calma inusitada que, sin embargo, no dejaba descubrir ningún síntoma de insubordinación, producía secreta inquietud en el joven director. Desde algunos días antes bajaba la producción del oro, los hombres trabajaban con repugnancia y corrían entre ellos rumores misteriosos. Sin embargo, en su rostro enérgico no se manifestó preocupación alguna.

Siguió en su postura con aquella indolencia criolla que sirve á menudo para ocultar terribles accesos de furor. Esperaba pacientemente que los negros salieran para dirigirse al trabajo. Pasaron diez minutos.... transcurrió un cuarto de hora. El establecimiento continuó silencioso. El blanco no se equivocaba, los obreros se negaban á trabajar. Tomó un machete, llamó á su primer dependiente, un judío holandés de Paramaribo, y emitió con su trompa algunos sonidos agudos, modulados con arreglo á cierto ritmo.

En la llamada de los jefes de los tajos. Nadie se movió. Una ola de sangre subió á las mejillas del criollo, que instantáneamente se tornaron pálidas. Bajó muy despacio hacia las cabañas, se detuvo delante de la primera, y llamó con voz breve:

— ¡Manlius!

Salió un negro cojeando y gimiendo.

— ¿Qué queréis?

— ¿Por qué no se trabaja? ¿Qué sucede?

— No puedo trabajar, estoy enfermo.

— Está bien. Quédate aquí.

Dió algunos pasos más y llamó.

— ¡Jarnac!

Se presentó un robusto negro que estaba limpiando el cañón oxidado de una escopeta de dos cañones.

— ¡Presente! — respondió con breve acento.

— Deja la escopeta y respóndeme.

— Sí, señor.

— ¿Por qué no vas al tajo?

— Son los demás los que no quieren ir.

— Bueno; espérame junto á Manlius.

Al pasar iba llamando sucesivamente á la puerta de las cabañas.

— ¡Nestor!.... ¡Ceferino!.... ¡Heristal!....

Cada cual salía y contestaba al oír su nombre.

Du Vallon se detuvo delante del departamento de los indios y pronunció los nombres de Munussany y de Apawo.

Los espejos de gigantes de relucientes ojos, orejas adornadas con cinco ó seis pendientes cada una, con los tobillos y los brazos rodeados de gruesos anillos de plata, fueron á unirse al grupo de los negros.

Los jefes de los tajos estaban reunidos en número de siete.

— Ahora, buenos mozos — dijo el director con su voz tranquila, pero en un tono que no admitía réplicas — de grado ó por fuerza vais á seguirme, mejor dicho, vais á ir delante de mí. Jarnac — ordenó al negro alto — ponte á la cabeza y vamos al arroyo de San Juan. No tratéis de escapar á través del bosque. Ya sabéis que tedgo con qué detener á cualquiera en la huida, aun cuando corriese como un kariaku.

Los contramaestros entendieron el ademán que acompañaba á aquellas palabras, viendo salir del bolsillo de la blusa del director un revólver New-Colt de cañón corto y de gran calibre.

Du Vallon no se chanceaba. Internáronse lentamente, y sin poder ocultar su miedo, por un sendero perdido en la inmensidad del bosque virgen. Cuanto más avanzaban, tanto más se acentuaba su repugnancia. El blanco no había pronunciado ni una palabra, pensando, y con razón, que encontraría en el terreno la clave de aquel enigma.

Al cabo de un cuarto de hora llegan á un espacio claro, de donde brota un arroyo como de tres metros de ancho, cuyas aguas lechosas acarrearán sin cesar moléculas de arcilla blanquecina. El claro ofrece el aspecto de un caos indescriptible. Por todas partes se ven troncos caídos, hierbas magulladas, ramas rotas y bejuco quebrantados. Acá y allá altas hierbas recién cortadas con el machete formando un lecho en el que se pudren las orquídeas y las gigantescas bromeliáceas. De trecho en trecho se descubren gruesos tocones de un metro de altura cortados con hacha, calcinados por el fuego y que salen del suelo como enanos sin cabeza.

El lecho del arroyo ha desaparecido. La tierra golpeada por el pico presenta eminencias pedrosas y surcos muy hondos. Largos tablones, recubiertos de tierra arcillosa ó untados de un barro negrozco, sirven de puentes sobre aquellos foros cortados á pie, entre los cuales serpentean delgados filetes de agua color de ópalo.

Á lo lejos, donde la vista alcanza, se descubre un canal de unos cuarenta centímetros de anchura y formado por siete ó ocho canalones de madera de seis metros de longitud cada uno, enchufados siguiendo un plano inclinado y puestos en caballetes.

Más allá está cortado el arroyo por una presa cuya compuerta sumergida deja filtrar un delgado hilo que cae en el fondo de un agujero.

Aquellos canalones de madera, semejantes á ataúdes sin tapa, forman en su conjunto el *sluice*, aparato que sirve para lavar las tierras auríferas. ¡El

claro, con sus árboles derribados y su suelo lleno de excavaciones, es un *placer*, un *campo de oro*!

Este trabajo humano en medio de los esplendores de la Naturaleza, es desconsolador. Parece la lepra que corroe un organismo, es un cáncer en un costado del bosque,

Al ver los negros aquel caos, que es su obra y con cuyo aspecto están familiarizados, experimentan una vacilación que no pueden dominar. Jarnac, que camina el primero, se detiene, flaqueándole las piernas, tíñese su piel de un color gris ceniciento y sus ojos se dilatan por el espanto. El infeliz ofrece un aspecto



¡Amo!...; Estoy perdido

lamentable. Sus compañeros, y aún los mismos indios, dan señales de igual terror.

El director se da cuenta de que la negativa para trabajar no debe atribuirse á un capricho. Una causa misteriosa, terrible acaso, es lo único que puede explicar la actitud de aquellos trabajadores, que son valientes y que siempre han sido sumisos y obedientes. Son obreros escogidos, los más robustos y los más honrados entre todos sus compañeros.

Pero el blanco, que ve á punto de perderse el fruto de tantas fatigas y en grave compromiso su fortuna

y la de sus asociados, quiere saber á qué atenerse. Ha abandonado el *placer* durante ocho días para practicar un reconocimiento. La explotación prospera visiblemente y los rendimientos son pingües. A su regreso encuentra los trabajos en desorden, quiere conocer la causa á toda costa aún cuando se exponga á todos los peligros.

Mira de frente á los siete hombres, uno despues de otro, como para comunicarles algo de su energía, y luego con voz fuerte manda:

— ¡Adelante!

Los contramestres, cada vez más asustados, avanzan muy despacio formando un grupo. El amo les excita á andar con su mirada aguda, como un jinete que hunde su asiento en los costados de un caballo que se resiste á marchar.

Después de interminables vacilaciones llegan al centro del claro y parece que se tranquilizan un poco al ver que no se produce ningún fenómeno. Jarnac se anima, Heristal le sigue, Nestor se adelanta á todos, y pone el pié en un tablon atravesado sobre una zanja profunda. Va á pasar, y de pronto se oye un crujido; el tablon se parte en dos pedazos y el infeliz rueda hasta el fondo, que está á dos metros de la superficie.

— ¡Socorredme, mi amo! — grita con desgarrador acento — ¡socorredme!.....

De un salto llega Du Vallón al borde del hoyo. En un segundo se quita la faja y deja caer una de las puntas, de la que el negro se cuelga desesperadamente. El oriollo pone en tensión sus músculos y sin esfuerzo aparente sube al minero, que cae al suelo diciendo con voz ahogada:

— ¡Ayo!..... ¡Estoy perdido!..... El *ay-ay* me ha picado.

No puede añadir una palabra más. Sus mandíbulas se aprietan, sus ojos se revuelven convulsivamente, cubre sus labios una espuma sanguinolenta, se retuerce con horribles contracciones y su cuerpo se encorva como si la cabeza fuera á tocar en los talones.

Al cabo de un minuto es cadáver.

Sus compañeros, clavados en el suelo por el terror, no pueden ejecutar un movimiento al pronunciar una palabra. Únicamente Jarnac articula algún sonido.

— ¡Es Maman-di-l'Eau! — dice al fin. — ¡Oh! ¡Es Maman-di-l'Eau!.....

Du Vallón, más dominado por el asombro que por el miedo al presenciarse aquella muerte instantánea, dirige una mirada de compasión á la desgraciada víctima y se entera con rabia de que el tablon, de cinco centímetros de grueso, ha sido casi cortado por medio de una sierra. El misterioso autor de tan cobarde atentado ha vuelto la tabla de manera que no pueda ser vista la seccion. La caída del negro no es, pues, casual, sino que debe atribuirse á la maldad.

En cuanto á la presencia del terrible ofidio, cuya mordedura ha producido la muerte al desgraciado, no puede explicarse sino por una terrible fatalidad. El *ay-ay* caza durante la noche y habrá caído en el fondo del foso, recubierto de arena aurífera.

Por raro fenómeno, los negros se tranquilizan poco á poco. Parece que la muerte de su compañero ha causado el efecto de calmantes.

— ¡Pobre Nestor! — dice uno de ellos. — Ha pagado por nosotros. Maman-di-l'Eau está satisfecha.

— Sí — asintió Jarnac. — Ya no nos hará daño. Además el blanco está con nosotros. Maman-di-l'Eau respeta á los blancos.

— ¡Vamos! — dijo uno de los indios que aún no había hablado.

Dejaron el cadáver en el borde de la zanja y el director, según por su genio, cobistó las investigaciones.

Llegó ante un segundo hoyo, palideciendo al ver que el tronco que servía para pasar estaba serrado como el otro. Se bajó y no pudo contener una exclamacion cuando oyó sonar los anillos córneos de una serpiente de cascabel. Había otro reptil en el fondo del hoyo, á donde hubiera roado sin remedio cualquiera que no estuviese prevenido.

Pero pudo confirmar esta hipótesis después de visitar uno por uno todos los hoyos practicados en la tierra vegetal para llegar hasta la capa aurífera, y ver que se habían hecho inaccesibles para los mineros. En uno bullian escorpiones, ciempiés y arañas venenosas. Otro estaba lleno de hormigas y de mandíbulas de peces con sus dientes agudos y cortantes. De un tercero se exhalaba un olor asfijante de carnes podridas.

Por último, los negros tuvieron que detenerse á poca distancia del *stivo*, cuyas cercanías, defendidas por empalizadas de largas espinas, á manera de caballos de frisa, eran inabordables para sus piés desnudos. El director se adelantó solo y descubrió que el aparato había funcionado durante la noche. Los ladrones de oro trabajaron, realizando á sus expensas una suma quizás muy considerable.

El hallazgo de algunos fragmentos blancos de oro amalgamado, semejantes á la fundura de plomo, confirmó al punto sus sospechas.

— ¡Caramba! — murmuró entre dientes — se trata de unos bribones muy hábiles. Han robado mercurio, y aprovechando la credulidad de los negros han sembrado en su paso todas las trampas imaginables para impedirles trabajar y obligarnos á abandonar el *placer*. Es muy fácil atribuir todos esos males á su Maman-di-l'Eau. Verémos quien puede más y yo me cercioraré esta noche de si la piel de Maman-di-l'Eau está hecha á prueba de balas. Ea, hijos míos, válvamos. Hoy habrá doble bujaron. Heristal, envías cuatro hombres con unas anagarrillas para recoger el cuerpo de Nestor.

— Sí, mi amo — dijo el negro.

Pusieron en marcha, dirigiéndose á la ranchería por un sendero extraviado y pasando cerca de un arroyo tambien en explotacion.

Ya iba el blanco, que marchaba delante, á internarse por el camino apenas trazado, cuando su pié, protegido por pesadas botas de cuero, levantó una polvareda impalpable que se extendió por todas partes. Dió un salto hácia atrás para evitar la absorcion de aquellos corpúsculos cuya naturaleza ignoraba, pero un estornudo doloroso, repetido muchas veces, le sacudió convulsivamente.

Al mismo tiempo lanzaban los negros un grito de terror al ver un extraño emblema colgado á la altura de un hombre en el tronco de un gran balata de corteza oscura y lisa como un cigarro. Era una cruz que quedaba de aimara, abierta, con largas y agudos dientes separados entre sí por media docena de espinas de árbol del queso. Debio de aquel singular trofeo se extendía una gran flor semejante á la del *nympheaa*, pero de un metro de diámetro, que un botánico hubiera reconocido por la *Victoria regia*, la planta gigante de la América equinoccial. Los pétalos de aquella

flor, blancos en el centro, eran de color rojo carmesí en la circunferencia pasando sucesivamente por todos los matices del rosa.

Estaba sujeta por medio de espigas y producía un efecto muy raro bajo la quijada del monstruoso tiburón de agua dulce.

—No debemos permanecer aquí—dijeron en criollo los mineros.—Moririamos todos. Maman-di-l'Eau lo quiere así. Cuando Maman-di-l'Eau se digna exponer su emblema de este modo, el negro no tiene más remedio que marcharse. ¡Este lugar está maldito; huyamos!

El director seguía estornudando. Se le había declarado un violento epistaxis (hemorragia por la nariz) y su rostro estaba invadido por una erupción de pequeños botones blanquecinos semejantes á los granos del mijo. La erupción y la epistaxis no ofrecían peligro, pero eran molestas y dolorosas á la vez.

Poco le importaba, pues había alcanzado su objeto, adquiriendo la convicción de que unos desconocidos que disponían de extraños y terribles medios ambicionaban su campo de oro y querían desposeerle de él. Regresó al placer. Algunas gotas de percloruro de hierro en un poco de agua detuvieron el flujo sanguíneo. Una cataplasma fría de casabe calmó los dolores producidos por la erupción, impidiendo que se propagara.

El criollo estaba preocupado. Su situación era grave, casi desesperada. Se encontraba él solo, blanco, aislado en medio de una población heterogénea y separado por más de doscientos kilómetros de toda localidad civilizada. Era impotente su energía contra un enemigo invisible precisamente cuando su personal desorganizado se negaba á trabajar. Los razonamientos se estrellarían contra las groseras supersticiones, hábilmente explotadas por los ladrones.

Antes de que el desorden se hiciera irremediable, era preciso ir adelante y contestar á una audacia con otra mayor.

La noticia de la muerte del infortunado minero había llevado hasta el último límite el terror de sus compañeros. Formábanse grupos, hablaban algunos oradores y las patrañas más absurdas corrían de boca en boca, encontrando tanto mayor número de crédulos cuanto menor era su fundamento.

Maman-di-l'Eau hizo el gasto de todas las conversaciones. Desde que La Ravardière fué á establecerse en 1604 en la isla de Cayena, nunca produjo tanta emoción la leyenda de aquella antigua huda vengadora, áspera y maléfica, conocida con el nombre de Maman-di-l'Eau (la madre del agua).

Du Vallon, con la casa blanchada todavía, iba recorriendo los grupos y provocando, mediante algunos tragos de rú, generosamente distribuidos, los relatos y las confidencias que pensaba utilizar en tiempo oportuno.

Los contramaestres estaban rodeados por un gran número de mineros y seguían refiriendo los sucesos acaecidos durante la mañana. Se relacionaban los hechos con los rumores misteriosos esparcidos desde la marcha del director para practicar un reconocimiento.

—Sí—decía un negro de facciones rudas y másculos enormes—sí, yo he oído todas las noches á las diez unos golpes sonoros, dados sobre las arcañas del gran panacoco seco, situado cerca del arroyo de San Juan.

—También yo los he oído—interrumpió otro.—Sonaban de tres en tres, ¡pan!.... ¡pan!.... ¡pan!.... y producían un ruido casi tan fuerte como el disparo de una pistola.

—¡Yo también! ¡Yo también!—dijeron otros mineros en voz baja y lastimera.—Duraron más de una hora. Luego, á media noche, se oyó un gran ruido.... Después todo acabó.

—¿Habéis observado que durante ese tiempo se callan los sapos y los monos encarnados?

—Es verdad.

—¿Y ninguno de vosotros se ha atrevido á averiguar la causa de ese estrépito?—preguntó el director.

—¡Oh, señor!—respondió casi temblando el último interlocutor.—Yo no me he atrevido. Sin embargo—añadió con cierto orgullo—soy criollo de Cayena.

—Y tú, Janvier—repuso Du Vallon, dirigiéndose al robusto negro que primero habló—¿has tenido miedo, á pesar de ser tan fuerte como un maipuri?

—¡Oh! sí, señor—contestó—he tenido mucho miedo.

—Eso no tiene nada de particular—dijo el criollo de Cayena—es negro del país de los negros.

Otro negro de mediana estatura, rechoncho y fuerte como un tronco de ébano, de rostro inteligente y atrevido, se adelantó apoyado en un palo.

—Yo he querido saber lo que pasaba—dijo con voz sorda.

—¿Tú, Oyapan?—preguntó el blanco.

—Sí, mi amo. Tomé mi escopeta y fui hasta el pié del árbol. El ruido continuó. Me acerqué para tocarle y los golpes resonaron con más fuerza. Después apareció junto á la presa una forma sombría. La luna la iluminaba. Parecía un ser humano de colosal estatura. El miedo paralizó mis movimientos. Quise levantar la escopeta, pero pesaba quinientas libras. Así estuve durante media hora. Cesaron los golpes. Resonó un grito agudo y oí la caída de un cuerpo en el agua, pero no pude ver nada. Volví á la cabaña arrastrándome, y desde aquel día no puedo andar, los piés se me hincan y las plantas se me deshacen. Maman-di-l'Eau me ha hechizado.

—Mañana tendrás cien francos de gratificación.

—Gracias, mi amo. Eso no impedirá que muera antes de ocho días.

Los negros se apartaron del recién venido como de un apestado, y el director, más pensativo que nunca, volvió á su cabaña diciendo:

—Esta noche iré al pié del panacoco, y ¡ay de nuestro burlador!

Media hora antes de ponerse el sol Du Vallon se sentaba entre los arcañas del árbol legendario, cuyo grueso y cuya altura era tan considerable que no se había podido derribarle. En la base tenía más de cuatro metros de diámetro. Estaba seco de mucho.

tiempo, y su copa pelada se destacaba sobre el pálido azul del cielo. Una exuberante vegetación suplementaria había invadido el tronco y las ramas muertas, que desaparecían bajo una profusión increíble de bejucos entrelazados en un jardín aéreo de aráceas, orquídeas y bromeliáceas.

El criollo se apoyó en un arcaba, hincó su macheta en el suelo junto al revólver, cargó la escopeta, encendió un cigarro y se dispuso á esperar con calma los acontecimientos.

En el curso de esta relacion se ha hablado muchas veces de los arcabas, de los árboles guayaneses. Ya es tiempo de dar el significado de aquel nombre especial, á nuestro juicio, de los vegetales de la América intertropical. Los árboles gigantes del bosque virgen no están implantados en el limo primitivo como los de nuestros países. Sus troncos no podrian elevarse á tal altura ni soportar el peso de su copa y de los vegetales suplementarios, si la Naturaleza, previsora, no hubiera cuidado de ensanchar su base. Las raíces, en vez de hundirse bruscamente en el suelo, serpentean á cierta distancia y van á abrazar el tronco, formando cuerpo con él y produciendo salientes análogos á los botareles de las catedrales góticas.

Estos contrafuertes vegetales se llaman *arcabas*. Los hay que se apartan á flor de tierra á dos y tres metros del tronco y suben hasta cinco ó seis metros, de modo que se confunden con él á modo de hipotenusa de un triángulo rectángulo. Su espesor medio no excede de diez centímetros. Verdaderamente es un espectáculo capaz de asombrar al viajero el ver aquellos tallores lisos, planos, sin nudos y cubiertos de la misma corteza que todo el individuo. Cada árbol tiene tres, cuatro ó cinco arcabas, que parten de él como radios, formando unas divisiones triangulares semejantes á las de los confidentes de nuestros salones, en los que se sientan varias personas volviéndose la espalda.

La sonoridad de estos órganos adventicios es increíble. Un golpe dado en un arcaba con poca fuerza rotumba á lo lejos como un trueno. Los hombres que se extravían aprovechan á menudo esta propiedad para anunciar su presencia á sus compañeros, de igual modo que los trabajadores de las minas dan unos piquetizos en las paredes de las galerías, que constituyen la *llamada de los mineros*.

Cuatro horas habrían trascurrido desde que el director del *placer* se instaló al pié del gigante aislado en el centro del claro. La noche estaba tranquila, y ningún ruido extraño al murmullo del bosque turbó hasta entonces el silencio. La luna declinaba rápidamente, y su disco iba á desaparecer detras de las copas para dar lugar á las tinieblas, cuando un golpe dado con rudeza en uno de los arcabas del mismo árbol hizo estremecerse al vigilante.

Tomó su escopeta y dió un salto hácia el lado opuesto á donde sonó el ruido, que se repercutía con estrépito.

No vió nada. No se habia repuesto del asombro en que le sumergió aquel fenómeno, y un segundo golpe sonó en el sitio que acababa de dejar.

— ¡Ira de Dios! — murmuró. — ¿Seré juguete de alguna alucinacion? ¿Soñaré despierto? ¿Me acometerá á mí tambien la pesadilla de Maman-di-l'Eau?

Apénas hubo acabado su monólogo, se repitió por tercera vez la misma detonacion.

— No soy criollo de Cayena y mucho ménos negro del país de los negros — añadió furioso. — Á mí no se me engaña facilmente. Aun cuando debiera estar aquí hasta el amanecer, quiero enterarme de la verdad. ¡No creo en los espíritus golpeadores, no!

Reinaba el silencio en el claro. Du Vallon, con la escopeta preparada, dió algunas vueltas en torno del árbol, escudriñando con ávida mirada las espesas melezas que invadían el tronco y las ramas. Por desgracia, era la oscuridad cada vez más densa y nada pudo descubrir.

Trascurrió un cuarto de hora. De nuevo comenzó el ruido, despertando á lo lejos los ecos de la inmensa soledad. En vano se puso á correr el blanco al rededor del árbol como un caballo al galope en un pécadero. Los tres golpes con iguales intervalos se dejaron oír otra vez. Por más que hizo no consiguió impedir que sonáran con diabólica precision en el lado opuesto al que ocupaba.

En el instante mismo en que las vibraciones del tercer golpe se extinguían, oyó á distancia de veinte metros, en dirección á la presa, un resuello poderoso seguido de un sollozo lastimero.

— ¡Quién vive! — gritó con voz de trueno.

No obtuvo respuesta, pero percibió claramente un fuerte chapuzon, producido por algun cuerpo que se sumergia en el agua.

Dos luces inmóviles rompieron con sus resplandores las tinieblas. Se echó la escopeta á la cara, apuntó é hizo fuego. Un grito espantoso y un lamento desgarrador siguieron al disparo. La claridad producida por el foganazo iluminó un vasto espacio como si se hubiera encendido una antorcha. El director creyó ver una masa sobria deslizarse sin ruido y con velocidad inaudita por encima de su cabeza y á lo largo de un bejuco, tirante como el estay de un buque.

No tuvo tiempo para hacer un movimiento, y cayó al suelo sin decir una palabra, sin lanzar una queja.

El dia siguiente á primera hora, el segundo, que estaba inquieto por la prolongada ausencia del director, salió á buscarlo acompañado por los contramaestres. Despues de activas pesquisas, encontraron á M. du Vallon tendido sin conocimiento al pié del panacoco y con una profunda herida en el pecho. Aun respiraba, pero con gran dificultad. Su situacion era desesperada.

Sobre su cuerpo, una cabeza de aimara, con la boca abierta, hacia muecas, colgada en el tronco del árbol, sirviendo de corona á una flor recién cortada de *Victoria régia*.

(Se continuará.)

EL BANDOLERO, Ó UNA BODA EN LAS MONTAÑAS.

POR EL CAPITAN

MAYNE-REID.

CAPÍTULO PRIMERO.

LA CIUDAD DE LOS ÁNGELES.

La Puebla de los Ángeles es una de las ciudades más notables de Méjico por la clase de sus habitantes, cuyas dos terceras partes se componen de sacerdotes, *pelachs*, *poblanes*, rateros y bandidos del peor género. Aun creo haberme quedado corto al decir dos terceras partes, puesto que escasamente podrá encontrarse la tercera entre lo que ellos llaman *buena gente*, y nosotros conocemos personas dignas y respetables. Según mis recuerdos, tuve la suerte de encontrar bastantes hombres y mujeres muy honrados en la Ciudad de los Ángeles; pero me sería muy difícil precisar su proporción respecto al resto de los habitantes. Tal vez fuesen menos de la tercera parte, pero ciertamente no eran más. Igualmente cierto es que el diez por ciento de los hombres que se encuentran en sus calles son sacerdotes ó pertenecen á las muchas y santas hermandades que allí abundan. ¡Así como el diez por ciento de las mujeres distan mucho de ser ángeles! Los curas, vestidos con sus trajes de sarga negra, medias finísimas, sombrero de teja de tres pies de largo; frailes de todas las órdenes y colores, negro y blanco, azul, marrón y gris, con las cabezas afeitadas en su parte superior y los pies en humildes sandalias, se encuentran, no ya en cada esquina, sino á cada paso, la mayor parte de las casas y terrenos de la vasta llanura, que rodea la población son propiedad de la Iglesia, séanse ganadas con las economías de sus honorarios ó por alguna operacion de hipotecas. Al pasar por sus calles puede leerse en cada tres ó cuatro puertas un letrero que dice: *Casa de San Agustín, Casa de San Francisco, Casa de Jesús*, etc. Si preguntals qué significan aquellos letreros, os dirán que las casas que tienen aquellos letreros pertenecen á los conventos que llevan igual nombre. Veis, en fin, la Iglesia encima, delante y alrededor vuestro, ejerciendo su poderosa dominación sobre los cuerpos y las almas de los poblanos. Á no ser así, La Puebla, situada en el centro de una inmensa llanura, cuya fertilidad sugirió á Cortés y sus conquistadores el nombre de *La Vega*, rodeada de un magnífico anfiteatro de montañas de las más altas del mundo, con un clima de primavera perpétua, bien pudiera ser llamada sitio de ángeles si no estuviera habitada por los hombres más infames y las mujeres menos angélicas que he conocido. Aparte de su carácter moral, la Puebla de los Ángeles, por su aspecto y su historia, es verdaderamente poética. Colocada en el mismo sitio que ocupó la antigua Azteca, á la vista de Cholula, la Atenas de la India, con Tlascala, su Sparta, al otro lado de la montaña Ma-

linché, ¡qué corazón permanecería insensible al relato de sus recuerdos históricos! Por más que los sabios de Cholula y los magistrados de Tlascala no sean hoy ni sombra de lo que fueron sus antepasados, existen aún las grandes causas, de las que sacaron sus más grandes y sublimes inspiraciones. Por todas partes se ven las grandiosas cordilleras de los Andes: hacia el Oriente la hermosa Estrella, acompañada por el Este de su rival la sublime Popocatepek, mientras que la solemne y silenciosa Hermana Blanca se inclina bajo su nevada cúspide. Recuerdo perfectamente la impresion que sentí cuando, despues de haber pasado por el desagradable Peroté, descubrí por primera vez las torres de La Puebla. Fué tan grande, tan religiosa, tan sublime, que superó con mucho la que sentí más tarde cuando descubrí el precioso valle de Tenochtitlan, ¡Nunca podré olvidar la dolciosa emoción de aquellos momentos! En verdad, mi entrada en la Ciudad de los Ángeles fué tan rara y tuvo tal conexión con los acontecimientos que voy á referir, que será muy conveniente dar alguna idea de ella. Me será muy fácil recoger datos de los archivos de mi memoria, porque quedaron perfectamente grabados y puedo responder de su completa exactitud. Yo era uno de los tres mil invasores que á largas jornadas atravesábamos los ardientes picos de las Vigas y las desiertas llanuras de Peroté, de los cuales quedaron algunos vencidos por los lanceros de Santa Ana en las várias escaramuzas que tuvimos al pié de la montaña Malinché. ¡Hamos rendidos de fatiga; pero todas las miserias del camino se olvidaron al acercarse la bendita ciudad, y animados por el sonido de los tambores y trompetas, entramos á tomar posesion de ella. No necesitamos de un gran valor para conseguir nuestro propósito. Fuera de las murallas nos esperaba el Alcalde mayor y sus magistrados, que con un gracioso discurso en sus labios y un mal deseo en el fondo de su corazón, nos entregaba de tan buena gana como puede suponerse la bonita Ciudad de los Ángeles. Nadie podía admírarse de su disgusto. Nosotros admiramos únicamente sus dulces palabras, muy distintas, por cierto, al duro recibimiento que habíamos creído encontrar. Durante el camino habíamos creído que La Puebla sería para nosotros el punto de más peligro, puesto que allí debíamos encontrar los hijos de *tierra templada*, y nuestros laureles, tan fácilmente ganados en Vera-Cruz y Cerro-Gordo, entre los afeminados hijos de *tierra caliente*, serian armados de nuestras sienes por los valientes de La Puebla. Los santos de la ciudad bendita hablan prometido una hecatombe y esperábamos algo parecido á una batalla. Sufrimos un gran desengaño, aunque no puedo asegurar que fuese desagradable; despues de

todo, no es batirse uno de los deberes más dulces de cumplir en una campaña, especialmente cuando se trata de apoderarse de una ciudad enemiga. En mi opinión es muchísimo mejor encontrarse las calles perfectamente libres y marchar por ellas sin pisar charcos de sangre, por más que haya sido vertida por los heridos del enemigo. Es magnífico encontrarse las tiendas y las fondas abiertas, sobre todo las últimas, las ventanas y balcones adornados con graciosas figuras y sonrisas amables. Así fuimos recibidos en la Ciudad de los Ángeles. No hubo barricadas, ni tiros en las calles, ni dificultades de ningún género. Las graciosas mujeres de La Puebla estaban allí medio ocultas entre las rejas de sus ventanas ó en los balcones, donde lucían mejor sus encantos. Muchas de ellas eran hermosas, pero no puedo decir que nos miraban sonriendo. Casi sería más verdadero asegurar que la mayor parte nos ponían muy mala cara. Era una recepción fría, pero aún tenemos mucho que agradecer que no nos hubiesen recibido con más fuego. Entre infantería y caballería escasamente podíamos reunir tres mil hombres aptos para el combate. Animados en aquel momento de un gran entusiasmo, que nuestros tambores avivaban, y más aún la idea de conquistar una ciudad tan santa, ó por lo ménos de tan santo nombre; pero más animados aún por la pequeña batería de brillantes ojos negros que se presentaba á nuestra vista, marchábamos por las calles de una población que contaba más de sesenta mil habitantes, con casas suficientes para contener otro tanto. Grandes y macizos edificios, cuyas fachadas, pintadas de colores, se presentaban á nuestros ojos como otras tantas fortalezas. Ciudad guarnecida últimamente por tropas escogidas, y cuyos únicos hombres útiles para el combate podían ser lo más diez ó doce de cada ciento. Sus mujeres, en cambio, hubieran podido vencernos muy fácilmente sin más que tomarse el trabajo de dirigirnos sus balas con una pequeña zapatilla ó un cigarro encendido. ¡Seguramente nos hubieran aniquilado! Algunos recibieron heridas de esta clase en aquella entrada triunfal, que tardaron mucho tiempo en cicatrizarse; y heridas del corazón, producidas por ojos dulces y amantes de los que tanto abundan en La Puebla. Puedo dar fe de un corazón que fué destrozado por uno de estos deliciosos proyectiles. La infantería, rendida de fatiga, descansó al fin en la plaza Grande. Un destacamento de caballería recorrió las desiertas calles en busca de alojamiento para los soldados. Guiados por las descontentas autoridades, se encontraron pronto los cuarteles, y antes de ponerse el sol un nuevo régimen quedó establecido en la Ciudad de los Ángeles. Los sacerdotes habían sido sustituidos por militares.

CAPÍTULO II.

LA CIUDAD DE LOS DIABLOS.

Nuestro ejército conquistador, tan fácilmente admitido en la Ciudad de los Ángeles, descubrió muy pronto que no merecía tan santo nombre, y antes de una semana casi todos nuestros soldados hubieran preferido que nos hubiéramos quedado en Timbuctú;

teniendo, sin embargo, á pesar de nuestra antipatía, que permanecer por espacio de muchos meses allí, por no parecernos prudente dirigirnos desde luego á la capital. Entre la vega de Puebla y el valle de Méjico se extiende la magnífica cordillera de los Andes, la cual presenta varios puntos propios para la más fácil defensa, aun cuando las fuerzas enemigas sean muy superiores en número á las de los defensores. Nos habían dicho que uno de estos puntos sería fortificado y defendido. La ciudad de Méjico no podía considerarse bajo el mismo punto de vista que las otras muchas de la República, que tan fácilmente se nos habían entregado, Puebla una de ellas. La última era sólo un punto distante de espera, y la primera el centro de una nación que hasta entónces no había sido nunca visitada por enemigos extranjeros y rodeada de caballería pronta á dar su vida en defensa de la ciudad moderna. Bajo esta romántica ilusión, nuestro tímido jefe decretó que permaneciésemos por algún tiempo en la Ciudad de los Ángeles. Aquella inútil espera nos costó muchos miles de valientes, y según se probó después, podíamos muy bien haber seguido nuestra triunfante marcha hácia la capital sin el menor obstáculo. Lo cierto es que permaneciémos en La Puebla. Si la ciudad habitada por verdaderos ángeles no es más agradable que La Puebla, dudo que haya muchos de mis compañeros que deseen ir á ella. Es verdad que estábamos en una ciudad enemiga y que no podíamos esperar la mejor hospitalidad. La mayoría de sus habitantes permanecían encerrados en sus casas, es decir, los que podían permitirse el lujo de vivir sin necesidad de salir á la calle. Los comerciantes, con sus caritativos precios para el bolsillo enemigo, nos tenían muy hartos. Aquellas ventanas, llenas de mujeres de hermosos ojos negros que vimos el día de nuestra entrada, parecían haber desaparecido de la ciudad, y con muy raras excepciones no volvimos á verlas sino muy rara vez. Suponíamos que nos espiaban detrás de sus oscuras rejas, y teníamos motivos para creer que sus celosos padres ó maridos no las permitían dejarse ver. No tardamos mucho en comprender las inclinaciones de los hombres de aquella tierra angelical. En una ciudad de sesenta mil habitantes, con casas bastantes, como ya he dicho, para otros tantos, un pequeño cuerpo de ejército como el nuestro apenas podía distinguirse entre la multitud. En los días de ejercicio ó revista parecíamos suficientes, sin embargo, para dominar á los bribones que nos rodeaban; pero una vez repartidas las tropas en sus respectivos cuarteles, bastante distantes unos de otros, ya era diferente, y un pobre soldado vestido de azul en las calles de La Puebla podía muy bien compararse á un hombre honrado que sólo pudiese moverse entre mil ladrones.

La consecuencia de esto fué que los poblanos se hicieron muy valientes y empezaron á creer que se habían rendido demasiado fácilmente. Y la consecuencia natural de semejante suposición fué la hostilidad que demostraron hácia nuestros soldados, la cual produjo no pocas riñas, golpes y hasta sérias heridas. No solamente los *leperos*, sino hasta los más encopetados de la ciudad tomaron parte en esta

guerra sorda dirigiendo sus ataques contra nuestros oficiales subalternos, entre los cuales los había tan infelices que ni siquiera comprendieron su mala intención. Resultó de esto un renor que casi pudiera considerarse como una reputación que se hizo general en todo el país, que el pueblo repetía y afectaba creer que los americanos muy valientes en batalla, ó por lo ménos habían salido hasta aquí victoriosos de ellas, tenían individualmente miedo de sus enemigos, y evitaban siempre que podían un encuentro personal. Esta idea, propagada por la *jeunesse dorée* entre las señoras, obtuvo crédito por espacio de algún tiempo. Recuerdo muy bien la noche en que por vez primera se supo esta calumnia. Éramos doce de nosotros, y estábamos perfectamente entretenidos con un cesto de champagne que encontramos en las bodegas de la Puebla, y que por cierto no lo he bebido mejor en mi vida. Siempre se encuentra buen vino cerca de los conventos. Se acordó uno de nuestros oficiales y nos dijo que había sido sorprendido en la calle, no por la canalla de los pelados, sino por hombres que eran conocidos como lo más distinguido de la población. Otros varios tuvieron relaciones semejantes que referir, sino de aquella misma noche, de aquella semana. Nos levantamos todos como un solo hombre y nos fuimos á la calle. Era todavía temprano; había mucha gente. Solamente pudo justificar lo que siguió, asegurando que habíamos sido cruelmente provocados. Yo mismo había sido más de una vez víctima de insultos de todo género. Cada uno de nosotros teníamos que vengar alguna ofensa, y nos propusimos castigar á aquella noche lo que en otras ocasiones habíamos tenido que sufrir. Muchos ciudadanos de las clases más distinguidas que nos habían disputado la derecha, poniéndose en el lado del muro sin querer apartarse, obligándonos á saltarnos al arroyo, nos dejaron libre el paso después de aquella noche. La lección dió los mejores resultados; pero como todo en el mundo tiene también sus inconvenientes, nuestros soldados, siguiendo el ejemplo de sus oficiales, empezaron á pelear con los poblanos, mientras que los *leperos*, viéndose solos en sitios aislados, se vengaron en varias ocasiones. Este juego continuado llegó á ser peligroso hasta cierto punto. De día podíamos ir donde queríamos sin riesgo ninguno; pero después de anochecer, especialmente si la noche era algo oscura, era muy expuesto poner el pié en la calle. Si un oficial solo, y aun dos ó tres, tenían que ir á comer á uno de los cuarteles distantes, tenía que quedarse allí hasta el día siguiente, ó correr el riesgo de tener algún encuentro desagradable al volver á su casa. Al fin, la ley talonis quedó establecida y se dieron las órdenes más terminantes para que ningún oficial ni soldado pudiese salir del cuartel sin permiso especial del comandante del regimiento. Los ángeles, pues, que nosotros reconocíamos por verdaderos diablos, se habían rebelado, y de aquí estas medidas preventivas. Desde entonces quedaron prohibidas toda clase de paseos que no fueran ejercicios ó paradas. Sufríamos en realidad una especie de sitio suave y dulce. Podíamos hacer algunas escapatorias durante el día, pero sin apartarnos de los alrededores del cuartel.

Algunas correrías se hacían en secreto á barrios apartados; pero de noche no había medio de apartarse de nuestros centros. ¡En esta hermosa situación nos encontramos en la ciudad de los Angeles!

CAPÍTULO III.

LA SEÑORITA DEL BALCÓN.

A pesar de todos los inconvenientes arriba citados, y otros muchos que sería largo enumerar, no era yo de los que hubiera preferido descansar en Tinductoa. Á veces nuestra afición por una ciudad consiste en una circunstancia insignificante, y una de estas circunstancias me dió á mí una decidida inclinación por la Puebla. Hay sentimientos en el corazón humano capaces de cambiar las materias más sucias en preciosos brillantes; la más profunda oscuridad en luz clara y hermosa, al ménos en imaginación. Bajo esta influencia la choza más humilde se convierte en sagrado palacio, y la pobre campesina nos parece una poderosa y rica princesa.

Dominado por este fantástico sentimiento consideraba yo la Puebla como un paraíso, puesto que sabía que había allí, sino un ángel del cielo, una mujer más hermosa que todas las mujeres. Sólo una vez la había visto, á cierta distancia y por un espacio de tiempo que escasamente llegaría á 60 segundos. Fué el día de nuestra entrada en la ciudad. En el momento en que nuestra columna entraba en la Plaza Grande, se mandó hacer alto. El sitio en que me tocó descansar tenía enfrente una hermosa casa de aspecto imponente, cuya pintada fachada se componía de varios balcones y ventanas, por las cuales me atreví á mirar con demasiada detención. Hay épocas y circunstancias en que puede un hombre permitirse ciertas libertades; y por más que no sea muy delicada semejante conducta en un conquistador, no pude ménos, al hacer mi entrada triunfal en la ciudad conquistada, de oír cuanto pude por las ventanas. Yo y todos mis soldados abusamos del privilegio de mirar á la casa que teníamos enfrente. En los balcones más bajos no había nadie, las rojas barras de hierro y detras el oscuro vacío; pero al mirar más arriba vi algo bien diferente, algo que fijó mi vista y mi corazón. Había un balcón enfrente con cortinas de Venecia, y entre ellas, cerrando las persianas, había una mujer.... ¡debería decir un ángel! Ciertamente no había yo visto en mi vida nada más hermoso; mi loca fantasía no podía nunca haber imaginado más perfecta belleza; mi primera idea fué, la recuerdo muy bien, que si había otra mujer tan hermosa como aquella en la Buctea, debía con razon llamarse la ciudad de los Angeles. No tenía esos cabellos rubios tan de moda últimamente, sino oscuros con ojos de una expresión divina, ó por mejor decir, tan humana como sólo allí se encuentra. Una profusión de cabello negro, sujeto por un peine de concha, cejas tan perfectas que parecían pintadas, con una ligera sombra sobre el labio superior, que indica raza andaluza, y viene de los hijos del Cid. Mientras yo la miraba, quizás de una manera demasiado expresiva, vi que me devolvía la mirada. Al principio creí hasta ver en sus ojos cierta bondad;

después me pareció, por el contrario, observar cierta seriedad, como si le disgustase mi descaro. Hubiera yo dado cuanto poscía por contentarla. En aquel momento hubiera yo pagado cualquier dinero por una flor que poder tirar á su balcón, porque sabía muy bien cuanto aprecian las mejicanas estas galanterías; pero desgraciadamente no podía disponer de flor ninguna; ni era en verdad el momento más á propósito

para conseguirlas. Á falta de este sublime detalle se me ocurrió sustituirlas con la borla de mi espada; el cordon de oro quedó en un instante separado del arma que le estaba confiada, y fué derecho al balcón, cayendo á sus piés, como yo hubiera deseado poder hacer en su lugar. No la vi recogerla. La trompeta nos mandó marchar en aquel momento, y tuve que ponerme á la cabeza de mis tropas. Cuando volví la ca-



Vi que me devolvía la mirada.

beza al dejar la calle, vi que todavía estaba asomada y creí ver entre sus dedos no sé qué objeto dorado, además de las sortijas que los adornaban. Miré el nombre de la calle, se llamaba calle del Obispo. En el fondo de mi corazón hice el más ferviente voto de no abandonar en adelante la calle del Obispo.... No tardé mucho en cumplir mi promesa. Al día siguiente, después de la revista, volví al sitio en el cual había visto la preciosa aparición algunas horas ántes. Reconocí la casa sin la menor dificultad. Era una de las más grandes de la calle y se distinguía de las otras por los colores de su fachada, por sus bal-

cones y persianas. El portal, ancho y empedrado hasta dentro, indicaba que los dueños tenían carruajes. Todo, en fin, anunciaba la residencia de un *rico*. Recordaba hasta el balcón en el cual vi la hermosa mujer que ahora en vano buscaba; tan perfectamente habían quedado grabados en mi memoria todos los preciosos detalles de aquel feliz momento. Todo ahora parecía diferente; estaba el marco, pero faltaba la pintura. Miré á los otros balcones de la casa. Todos estaban vacíos. Las maderas estaban cerradas; nadie parecía interesarse por lo que pasaba en la calle. Me paseé inútilmente unas veinte vueltas arriba y abajo;

tres cigarros fumados, algunas tristes reflexiones que me hacían comprender que estaba haciendo un papel ridículo, y me volví á mi cuartel con el sentimiento humillante de haber hecho una tontería y la firme resolución de no repetirla.

CAPÍTULO IV.

FIN DUPLICADO.

Débil resolución que dejó de cumplir el siguiente día. Volví á pasar por la calle del Obispo y á mirar con más afán todavía los balcones de la casa estucada.

Como la víspera, las maderas permanecían cerradas, y mis paseos tuvieron el mismo resultado. No había allí nada; no ya la figura, ni la cabeza, pero ni un solo dedo de la hermosa mujer que tanto deseaba yo ver. ¿Iré otra vez? me pregunté el tercer día; casi contesté negativamente, porque empezaba á cansarme del papel tanto que había representado en los paseos de los días anteriores. Era además peligroso. Nada más fácil que verme envuelto en una emboscada, de la que no sería muy fácil escapar. Estaba seguro que podía amar á la mujer que había visto en el balcon. La fuerte impresión que sus ojos me habían hecho en veinte minutos, me daba una idea de lo que hubiera sentido si hubiera podido mirarla más largo tiempo. No podía figurarme que sabría escapar sin enamorarme seriamente. ¿Y qué sería de mí si ella no correspondía á mi pasión? No era poca presunción de mi parte el tener la más ligera esperanza; mejor era olvidarlo todo, no pasar más por la calle donde había visto la hermosa aparición; tratar de borrarla por completo de mi memoria. Estas eran mis reflexiones en la mañana del tercer día después de mi llegada á la ciudad angelica. Pero esto fué por la mañana. Antes del anochecer ya había cambiado de opinión. La luz del crepúsculo influyó sin duda en mis sentimientos. Las dos veces que había estado había equivocado la hora en que las bellezas de la Puebla se dejan ver en sus balcones. De aquí, sin duda, mi desgracia de no haber conseguido mi deseo. Determiné ensayar otra vez. En el momento en que los rayos del sol prestaba sus rosados tintes á la nevada cima de Orizava, empecé mi camino de nuevo hacia la calle del Obispo. ¡Tercer desengaño! Pero esta vez de un género enteramente distinto. Acerté la hora en que la jóven al fin se dignó aparecer en el balcon en que la vi por primera vez, la miré y sufrí el mayor desengaño. No es que pudiera decirse que era una mujer fea ó vulgar, era bonita, pero solamente bonita. ¿Dónde estaba aquella brillante expresión que tan fuertemente me había impresionado? Podía muy bien haberme considerado insolente al verme parado y mirándola de aquel modo, porque no había en mi aquel respeto santo que yo creía me hubiese inspirado su angelical presencia. Podía mirarla perfectamente seguro de no correr el peligro que tanto había temido para el porvenir. Después de toda, la explicación de mis sentimientos era muy fácil. Por espacio de seis semanas habíamos vivido entre las montañas, tan lejos de Jalapa que solamente en muy raras ocasiones teníamos oportunidad de recrear nues-

tra vista mirando las hermosas jalapeñas. Nos habíamos acostumbrado á ver únicamente á las campesinas de Banderilla y San Miguel Soldado, que pasaban de cuando en cuando por el camino de Azteco. Comparada con aquellas, la de la calle del Obispo era verdaderamente un ángel. El contraste era sin duda lo que me había tan fuertemente impresionado. Era una lección para ser en adelante más prevenido ántes de enamorarme. Muchas veces había oído explicar la influencia que ejercen las circunstancias en el desarrollo de esta tiernísima pasión, y esta vez tenía una prueba evidente de ello. Sentí, sin embargo, una dolorosa impresión al ver que el ángel de mi imaginación no era más que una mujer hermosa, cuyo pesar se aumentaba al recordar los tres paseos que había dado con el solo objeto de admirarla, sin decir nada de las infinitas ilusiones que me había forjado, todas completamente inútiles. Escasamente me consolaba con la idea de que mi tranquilidad no corría el menor peligro, puesto que ahora ya me era completamente indiferente la opinión que pudiera formar de mí la hermosa jóven del balcon de la casa estucada. Me arrepentí de haberle tirado la bota de mi espada. Me importaba muy poco que mi pasión fuese ó no correspondida, puesto que casi había desaparecido. Mientras pensaba todas estas cosas, había dejado de mirar al balcon; ella, por el contrario, estaba sorprendida, y hasta casi creí ver cierta expresión de disgusto en sus negros ojos. El desearo mío merecía en verdad que se enfadase, y así fué en verdad. Pensaba yo arreglarlo marchándome y dejando libre el campo y tenía mis ojos fijos en el suelo, que miraba tristemente, cuando no sé qué pícara curiosidad me hizo levantarlos y fijarme otra vez en el balcon. Descaba saber si había notado mi desilusión. Pensé que una sola mirada podría darme la explicación que buscaba; pero no pude apartar esta vez mis ojos tan fácilmente del balcon. La mujer que seis segundos ántes me parecía únicamente hermosa, que hacia tres días suponía yo la suma perfección, era otra vez un ángel, el ángel que yo había soñado, la mujer más hermosa que yo había visto. ¿Qué es lo que había producido este cambio? ¿Era ilusión de mis sentidos? Si ántes debí suponerme insolente, ahora había doble razon para ello. Me quedé completamente paralizado, mirándola con mis ojos, con mi alma, con todos mis sentidos fijos en aquella mirada. Sin embargo, parecía ménos disgustada que ántes, lo cual yo no podía explicarme, y mucho ménos la misteriosa transformación. Lo cierto es que dejó de mortificarme el arrepentimiento de haberle tirado la bota de mi espada. Por espacio de algun tiempo permanecí en aquel estado de estúpida admiración, que dió lugar á una segunda sorpresa. Un nuevo cuadro se presentaba á mi vista. En el balcon había dos mujeres. Una era la hermosa ofendida, que me hubiese tan fácilmente alejado para siempre de su calle; la otra el sér divino que me fijaba quizás para siempre en ella. Eran indudablemente dos hermanas. Se parecían prodigiosamente en figura y en facciones; hasta la expresión de su fisonomía era exacta, y tenía ese aire de familia que no se explica, y que, sin embargo, da un parecido

tan perfecto á los individuos de ella. Las dos eran de un moreno claro, hermoso color de la raza morisca, con ojos grandes y expresivos, y hermosos rizos de cabellos negros, que caían sobre sus cuellos con una gracia especial únicamente suya. Las dos eran altas, bien formadas, á pesar de no haber ninguna de las dos llegado seguramente á cumplir las veinte años. Á pesar de este gran parecido, que diferentes eran á mis ojos. La que se ofreció con mi insolente desdoro, era una mujer hermosa y nada más, un sér terrestre; mientras que su hermana tenía todo el aspecto de un ángel, cuya morada debía ser el cielo.

CAPÍTULO V.

UNA SALIDA NOCTURNA.

Desde aquel día no falté una sola tarde á la calle del Obispo. Con la misma puntualidad que el sol se escondía detras de las nevadas cimas de las montañas, llegaba yo delante de la casa de Mercedes Villa-Señor. Me fué muy fácil enterarme de su nombre y su posición, puesto que todo el mundo sabía quién vivía en la gran casa: «Don Eusebio Villa-Señor, ¡un rico con dos hijas muy lindas!» Esto me respondía todo al que preguntaba. Me dijeron tambien que don Eusebio descendía de españoles, aunque había nacido en Méjico. Que en las venas de sus hijas corría la más pura sangre andaluza y que era una de las principales familias de la Puebla. No había nada en estas noticias que entusiasara un entusiasmo por la hija de don Eusebio; muy al contrario, como yo había previsto, me encontré pronto donduado por una pasión fuertísima, á pesar de no haber nunca hablado con el ángel que la inspiraba. No había medio de proporcionarme esta dicha. Imposible para nosotros llegar hasta las familias principales de la ciudad más allá de las ceremoniosas relaciones que á veces ocurrían en el terreno oficial. Las señoritas estaban cuidadosamente encerradas en sus casas, y procuraban apartarlas de nosotros con el mismo afán que si cada casa hubiese sido un harem.

Mi entusiasmo era demasiado vivo para que tales precauciones me hiciesen desistir, y conseguí un medio que, aunque distante de ella, debía producir los mejores efectos. Las miradas que yo la dirigía estaban de tal modo impregnadas de los sentimientos de mi alma, que no podía menos de comprender todo lo que yo quería decirle. Tuve la vanidad de creer que yo la disgustaba, y que correspondía con las suyas, en las que yo veía algo más que una simple bondad. Estaba lleno de alegría y de esperanzas. Todo me hacía creer que marchaba rápidamente á un desenlace feliz, cuando ocurrió el cambio de que he hablado entre los habitantes de la Puebla y nuestros trajes. Excuso decir que este nuevo estado de cosas me disgustó muchísimo, puesto que me privaba necesariamente de mis deliciosos paseos, y en las raras ocasiones que pude hacer alguna escapatoria, no volví á ver á Mercedes Villa-Señor. Ella tambien había sido cruelmente encerrada, como todas las señoritas de la ciudad. Cuando llegó esta época, desesperada para mí y para todos nosotros, mi pasión había llegado ya á

un punto imposible de dominar, por ninguna clase de peligros. Mis esperanzas habían ido en aumento, y animado con ellas, no perdí ocasión de escaparme del cuartel y acercarme á la calle del Obispo. No temía los peligros que pudiera encontrar en mi camino, como no temía el castigo de mis jefes.

Por una sola mirada de la hermosa mujer á quien tiré con tanto entusiasmo la borla de mi espada, hubiese yo perdido mi carrera; y en cuanto á mi vida, la exponía con gusto siempre que salía con la esperanza de verla. Pero todo fué inútil; Mercedes no volvió á asomarse nunca al balcón! La incertidumbre que empecé á sentir se hizo insoportable; no pude sufrirla por más tiempo, y decidí buscar algún medio de comunicacion, ¡Qué dicha es para los amantes poder trasladar sus pensamientos al papel! Recurrí á este medio y escribí una carta dirigida á la señorita Mercedes Villa-Señor. Como hacerla llegar á sus manos era ya asunto más difícil. Había yo visto algunos criados entrar y salir por la gran puerta de la casa, pero ¡cuál sería el más á propósito para cumplir debidamente tan delicada misión! No sé por qué me fijé en el cochero; un muchacho alto con traje de pana que yo había visto algunas veces llevar á paseo los caballos del coche. Tenía una cierta expresion pícarosa que me hacía suponer que se dejaría sobornar fácilmente. Decidí ensayar, y darle un doblon al mismo tiempo que mi carta. En mis paseos vespertinos prolongados muchas veces hasta bien entrada la noche, había yo observado que aquel criado solía salir ya tarde, como si después de cumplir con sus obligaciones le fuese permitido ir á pasar el resto de la noche á la *peluquería*.

El mejor plan era esperarle en una de aquellas salidas nocturnas, y esto fué lo que decidí. El mismo día que yo escribí mi epístola, me hice muy amigo del oficial de guardia, y no tuve el menor inconveniente en dar la contraseña; y envuelto en un granabrigo de paño, que me puse más bien para ocultar mi uniforme que para librarme del frío, emprendí mi amoroso paseo.

Felizmente la noche era oscura y el cielo estaba completamente cubierto de tempestuosas nubes. No era bastante tarde para que los ciudadanos se hubiesen retirado. Los había por cientos en las calles, todos vecinos de la Puebla, y los más pertenecían á la clase baja del pueblo, y entre ellos dominaban por el número los *leperos*. No se veía ni siquiera un solo uniforme, excepto los centinelas de los cuarteles. Las tropas todas estaban encerradas, segun las órdenes de sus jefes. No había ni siquiera la escuadra de borrachos vagabundos de uniforme que se veía otras veces. El temor de ser asesinados podía más en ellos que su propension al libertinaje, aun entre los regimientos cuyos filas se componían casi de soldados de San Patricio. Si un extranjero hubiese pasado por aquella ciudad, no hubiese creído que estaba ocupada por americanos.

(Se continuará.)

EL SARGENTO FEDERICO

(HISTORIA DE UN FRANCÉS EXPULSADO POR LOS ALEMANES).

POR ERCKMANN-CHATRIAN.

TRADUCCION CASTELLANA DE FERNANDO GARRIDO.

I.

« Un día, desahogándome conmigo sus penas, me decía el tío Federico :

— Cuando yo mandaba los guardas campestres en la Seimbach, y tenía la inspección de la mejor parte del distrito de Saverne, una linda casita en el bosque y su huerta llena de manzanos, perales y ciruelos que se cubrían de fruta en el otoño; y además una fanegada de prado á lo largo del río, y que la abuela Ana, á pesar de sus ochenta años, todavía hilaba detrás del calorifero y podía ayudar á las faenas de la casa; y mi mujer y mi hija le vigilaban todo, sin excluir el establo y el cultivo de nuestra tierra, las semanas, los meses y los años pasaban tranquilos y sin que nos diéramos cuenta de cómo pasaba el tiempo.... Si entonces álguien me hubiera dicho :

«— Sargento Federico, ved ese gran valle de la Alsacia, extendiéndose hasta las orillas del Rin; los centenares de aldeas, rodeadas de plantíos de todas clases, tabaco, cáñamo, lino, trigo, cebada, avena y lúpulo que el viento agita, haciéndolos asemejarse á las olas del mar, las altas chimeneas de las fábricas, cuyos plumeros de humo se desvanecen en el aire, los molinos y las aserraduras, los ribazos cargados de viñas, los grandes bosques de hayas y de pinos, los más hermosos de Francia para la construcción de buques, los viejos castillos arruinados hace siglos en los picachos de las montañas, las fortalezas de Neufbrissach, de Schlestadt, de Phalsbourg y de Vitche, que defienden los desfiladeros de los Vosgos.... Mirad, sargento, tan lejos como la vista de un hombre puede alcanzar, las líneas de Wissembourg á Belfort; pues bien, todo eso, ántes de muchos años será de los prusianos.... sí, serán los años de todo. Ocuparán las plazas fuertes, cobrarán contribuciones, traerán profesores, contralores, guardas campestres, maestros de escuela para todas las aldeas; y los hijos de esta comarca bajarán la cabeza; harán el ejercicio en las filas alemanas, mandados por los generales del emperador Guillermo.... » Si álguien me hubiera dicho lo que acabais de oír, lo tuviera por loco, é indignado, hubiera sido capaz de cruzarle la cara de una bofetada.

Sin embargo, no hubiera dicho más que la verdad, y por cierto no completa, porque hemos visto mucho más; y la más terrible de todas las verdades para mí, que jamás había abandonado la montaña, es aún el verme á mi edad en esta bohardilla, desde la que no descubro más que tejas y chimeneas, solo, abandonado del cielo y de la tierra, y sin poder desear

de mi mente, día ni noche, esta historia espantosa. Si, Jorge, lo más terrible es no poder dejar de pensar, soñar despierto con tantas desgracias.

Las zorras y los lobos, cuando les rompen una pata, se curan lamiéndose; los cabritos que reciben una herida mueren en seguida ó se echan en un matarral y acaban por curarse; y cuando les quitan á las perras sus crías, enflaquecen durante algunos días y después olvidan su pérdida y vuelven á engordar; pero nosotros no podemos olvidar; cuanto más pasa el tiempo, sentimos más nuestra desgracia, y todo nos parece más triste aún que en el primer momento. La injusticia, la mala fe, el egoísmo, todo se agranda á nuestra vista.

En fin, puesto que deseas saber cómo he llegado á este tugurio, á este rincón de La Villette, y cómo he vivido hasta ahora, no me negaré á decírtelo.

Podrás preguntar á muchos otros, á empleados de todas clases, á obreros, á campesinos que abandonaron su territorio; todas las casuchas de La Chapelle y de La Villette están llenas de estos desgraciados. Harto estoy de oír decir que pasan de doscientos mil los emigrados, y es muy posible, porque cuando yo salí de Alsacia encontré á multitud de ellos por los caminos.... pero estas cosas las sabes tan bien como yo, y quiero hablarte de lo que me concierne, empezando por el principio; esto es lo más sencillo.

Cuando tu abuelo, el presidente del tribunal de Muntz, obtuvo un ascenso en 1865 y se fué á Bretaña, yo tuve gusto en ello, porque él lo merecía; nunca vi hombre ni más sabio ni mejor. Él merecía más que la presidencia del tribunal de Saverne, mas también, bajo otro concepto, me causó mucha pena.

Mi padre, antiguo administrador de montes en Dosenheims, me habló siempre del presidente del tribunal de Muntz con el mayor respeto, repitiéndome varias veces que era nuestro bienhechor y que siempre mostró afecto hácia nuestra familia; yo mismo le debía el buen destino que desempeñaba en Seimbach, y también por su recomendación obtuve la mano de mi esposa Catalina Brouat, hija única del ex-sargento Martin Brouat. Después de esto comprenderás que cuando iba á informar á Saverne, miraba siempre con ternura aquella buena casa donde tan bien me habían recibido durante veinte años, y que sintiera el traslado de aquel hombre excelente, á cuya pena había que agregar la de no volverle á ver en nuestra casa del bosque durante las vacaciones. Nos habíamos acostumbrado tanto á tus visitas, que yo solíamos decir:

— Ya se acerca Setiembre, y no tardará Jorge en llegar.

Mi mujer preparaba tu cama en el piso alto; metía espliego entre las sábanas y lavaba los suelos y los cristales de las ventanas, y yo preparaba redes para coger tordos y el cebo para las truchas, é iba á componer la choza que teníamos bajo la roca para atrapar abejarucos.

Todo lo arrojaba en las cajas; anzuelos, cordel, espantajos de plumas de gallo, y me reía de antemano del gusto que iba á tener en verte revolver todo aquello y en oírte decir:

— Tío Federico, hazed el favor de llamarme á las dos de la madrugada sin falta, porque saldremos con el alba.

Yo sabía que dormirías como un lirón hasta que yo fuera á sacudirte llamándote perezoso; pero á la noche, ántes de acostarte, me repetías que á las dos, y aún á media noche te levantarías, lo que me hacía reír de gusto.

Después me parecía verte ya en la choza, tan tranquilo mientras yo colocaba redes y trampas, que no te atrevías ni á respirar; te oía estremecerte cuando los tordos y los grajos se acercaban dando vueltas para mirar debajo de las hojas, oyéndote murmurar muy quedito:

— ¡Ya están aquí.... ya están!

No podías dominarte hasta la llegada de una bandada de abejarucos que acudían á la aurora.

Si, Jorge, todo esto me regocijaba, y esperaba las vacaciones con tanta impaciencia como tú: nuestra María Rosita también se alegraba, pensando que no tardaría en verte, y se apresuraba á tejer nuevas nasas y á recomponer las mallas de las redes, rotas el año anterior; pero ¡ay! con el ascenso de tu padre todo había concluido. Tú ya no volverías; todos lo sabíamos muy bien.

Dos ó tres veces, el imbécil de Colas, que guardaba nuestras vacas en el prado, al ver de lejos pasar algunos viajeros que iban á Dotenheim, abriendo la boca hasta las orejas, gritaba:

— ¡Ya está aquí.... ya está aquí.... es él.... lo he reconocido.... tras su paquete bajo el brazo....

Ragot ladraba corriendo detrás del idiota, y yo hubiera querido aplastar á los dos, porque cuando él creía verte entrar, ya sabíamos tu llegada á Rennes; tu mismo padre nos había escrito que tú recordabas siempre los felices días pasados en Seimbach, y que sentías no volver. Los gritos de Colas aumentaban mi mal humor.

También mi mujer y María Rosita, colocando la fruta en los vasares del granero, decían:

— ¡Qué hermosas peras de agua!.... pues ¿y las peras de reina?... ¡Ah! si Jorge volviera no haría más que subir y bajar al granero todo el día.

Y á pesar de que la idea les hacía reír, se les saltaban las lágrimas.

¡Cuántas veces yo mismo, al volver de la caza y tirar sobre la mesa los abejarucos que había muerto, exclamaba:

— Tomad; hay diez, quince docenas de pájaros; ¿pero de qué nos servirán no estando aquí Jorge?

¡Habrá que colárselos al gato.... lo que es yo no los quiero!....

Y así es, Jorge, nunca me gustaron los abejarucos ni los tordos: siempre preferí una buena fajada de carne, y sólo de vez en cuando, para variar, me gustó la caza.

Así pasaron los primeros meses después de tu partida, hasta que al cabo nuestras ideas tomaron otra marcha; con tanto más motivo, cuanto que en Enero de 1867 sufrimos una gran desgracia.

II.

Estábamos en el rigor del invierno; los senderos de la montaña cubiertos de nieve, y todas las noches oíamos, á derecha é izquierda de la casa, romperse como cristal y caer cargadas de escarcha las ramas de las hayas; y una de aquellas tristes noches mi mujer, que desde el principio de la estación estaba muy pálida y silenciosa, después de encender la chimenea, me dijo:

— Federico, me voy á acostar, porque no me encuentro bien.... tengo frío.

Nunca me había dicho semejante cosa: era una mujer que no se quejaba nunca, y que en su juventud no dejaba los cuidados de la casa hasta la víspera de parir.

Yo no me inquieté mucho, y le respondí:

— Acuéstate, Catalina.... María Rosita hará la cena.... tú trabajas demasiado.... no te ocupes de nada.

Y diciéndole esto pensaba yo que descansar un poco al cabo de veinte años de trabajar, no era pedir gollerías.

María Rosita puso á hervir agua en una olla para darle un baño de piés, y continuamos nuestra cena como de costumbre, patatas y leche cuajada, y después de fumar una pipa junto á la chimenea, me fui á acostar á eso de las nueve; pero al llegar junto á la cama vi é mi mujer muy pálida, con los ojos abiertos, y le dije sobresaltado:

— ¡Catalina!.... ¡Catalina!

No me respondió, y yo volví á llamarla, agarrándola por un brazo.... pero ya estaba fría.

Aquella mujer valerosa no se había acostado sino en el último momento; había perdido mucha sangre sin quejarse. Yo era viudo.... y mi pobre María Rosita ya no tenía madre.

Mi sentimiento fué terrible; creí que nunca mi alma se curaría de aquella herida fatal.

La abuela, que hacia ya algun tiempo casi no se movía de su sillón, y que parecia estar siempre soñando, se despertó. María Rosa lloraba sollozando, de manera que se la oía hasta fuera de la casa, y hasta el mismo Colas, el pobre idiota, lloraba á lágrima viva.

¡Ay! yo hubiera preferido morir en lugar de Catalina.

Como nuestra casa estaba dentro del bosque, tuvimos que trasportar á mi pobre mujer para enterrarla en la iglesia de Dossenheim, á pesar de la gran nevada que caía, en una carreta, detrás de la cual íbamos uno tras de otro. María Rosa lloraba tanto, y estaba tan afligida, que yo tenía que sostenerla á cada mo-

mento; felizmente la abuela se había quedado en su sillón, rezando la oración de los muertos.

Nosotros no volvimos á casa hasta muy entrada la noche, dejando á la madre en el cementerio de Dosenheim, bajo la nieve, con sus antecesoras los Brouss, que duermen el sueño de la muerte, unos junto á otros, detras de la iglesia del pueblo.

— ¿Y qué va á ser ahora de nosotros? Nunca, Federico, volverás á casarte: tenías una mujer buena, ¿quién sabe si la segunda no sería la peor y la más derrochadora del país?..... No, tú no te volverás á casar.... Vivirás siempre solo; ¿pero qué hacer?..... ¿quién cuidará de la casa? ¿quién velará día y noche por tus intereses? La abuela es ya muy vieja y tu hija es todavía una niña.

Yo me afligía, pensando que todo estaba perdido; que se gastaría lo que con gran trabajo habíamos economizado en tantos años; pero Rosita era un verdadero tesoro, una niña valerosa y de mucho juicio. En cuanto vió á su madre muerta, la reemplazó para dirigir la casa, para vigilar el campo, el ganado y todo, en fin, dando sus órdenes á Colas, cual si fuera ya una mujer hecha y derecha. El pobre muchacho la obedecía, comprendiendo, á pesar de su simpleza, que ya era su ama y que estaba en su derecho mandándole como tal.

Así van las cosas en el mundo.

Cuando se sufren nuserías semejantes, imaginamos que nada peor puede suceder; pero todos aquellos males no eran más que el principio, y cuando lo recuerdo me parece que nuestra mayor felicidad hubiera sido el morir todos el mismo día.

La vieja casa, á la que en otros tiempos volvía riendo desde que veía brillar al sol sus ventanas y elevarse su chimenea sobre las copas de los pinos, lejos de alegrarme ya, me entristecía.

El invierno nos pareció muy largo, el fuego que chisporroteaba alegremente en la chimenea, cuando la escarcha con sus flores blancas cubre los vidrios; cuando el silencio reina en el valle, aquel fuego, que yo solía mirar horas enteras fumando mi pipa y soñando en mil cosas que me pasaban por la cabeza, ya no me inspiraba más que pensamientos tristes. La leña lloraba, el pobre perro olfateaba todos los rincones y las puertas, y no hacía más que subir y bajar las escaleras; Colas, con un montón de juncos delante hacía canastos, silencioso, y María Rosita, vestida de negro, pálida, lo vigilaba todo yendo y viniendo sin ruido, como hacía ántes su pobre madre.

Yo me callaba también, porque cuando la muerte entra en alguna parte, las quejas son inútiles, porque el mal es irremediable.

¡Sí, el invierno fué largo! pero la primavera llegó como siempre; hayas y pinos empezaron á reverdecer, abriendo las ventanas para renovar el aire; el peral grande de delante de la puerta se cubrió de flores; los pájaros empezaron sus correrías por el aire y sus cantos, continuaron volando unos tras de otros y haciendo sus nidos como si nada hubiera pasado.

Yo también volvía á mi trabajo acompañando al

administrador general de montes, M. Rameau en sus excursiones para dirigir las cortas y vigilar la explotación, saliendo de madrugada y volviendo por la tarde cuando los torcos dirigían sus últimos captos al sol poniente.

Por todas partes me acompañaba la tristeza, á pesar de tener el consuelo de ver á María Rosita crecer rápidamente en fuerza y en belleza.

Y no creas, Jorge, que lo digo porque era su padre, sino porque en vano se hubiera buscado en nuestros valles desde Saverne á Lutzelstein una joven tan fresca, tan airosa, tan honesta, con tan hermosos ojos azules y con cabellera rubia tan bella. En todo sobresalía, lo mismo en las faenas de la casa que en las del campo. Sí, sí, bien puedo decirlo, era una joven hermosa, dulce y enérgica.

Á veces, al volver de noche y verla en lo alto de la escalera diciéndome que la cena estaba preparada y me esperaba hacia tiempo, y luego bajar y presentarme las mejillas para que le diera un beso, yo pensaba que era más hermosa que su madre cuando tenía su edad; que tenía el mismo juicio, y que á pesar de mi desgracia no debía quejarme, porque muchos envidiarían mi suerte de tener una hija que tantas satisfacciones me causaba.

Se me saltaban las lágrimas cuando pensaba en mi mujer, y no podía menos de exclamar:

— ¡Ah! si Catalina viviera y la viese, ¡qué feliz sería!

Entre tanto, se acercaba la época de mi retiro, y como María Rosita iba á cumplir ya diez y siete años, yo pensaba en la conveniencia de buscar para ella un buen marido entre los jóvenes empleados de montes para pasar con ellos el resto de mi vida, rodeado de niños, contando con que el nuevo matrimonio ocupara mi puesto, respetándome como yo había respetado á mi suegro Bruat al reemplazarle como cabeza de familia veinte años ántes.

Precisamente había yo fijado la vista en un joven de Felsberg, arrogante mozo que había servido en los cazadores á caballo cuatro ó cinco años ántes, y que acababa de ser nombrado guardabosque en Tementhal, cerca de nuestra casa. Lamábase Juan Merlin, y conocía ya los montes, porque había hecho su aprendizaje en Alsacia del lado de Eglshenn.

Este mozo me agradaba; primero, porque tenía buen carácter, y segundo, porque mi María Rosita no lo miraba con malos ojos. Había yo observado que ella se ruborizaba cuando él entraba en casa para darme cuenta de su trabajo, y que él por su parte se vestía de gala para venir á vernos, y que su voz algo ruda se dulcificaba cuando decía:

— Buenos días, señorita María Rosa.... ¿estáis buena?..... ¡Qué buen tiempo hace hoy!..... ¡Qué sol más hermoso!.....

Paroía estar turbado y María Rosa le respondía con timidez. En fin, para mí la cosa era evidente; se amaban y se admiraban ambos á dos, cosa natural á sus años. Esto se ha visto y se verá siempre, y es un bien que debemos á la Providencia, por lo cual, lejos de ver mal en ello, yo lo encontraba muy bien y pensaba:

¿ Cuando él me la pida, según las reglas de costumbre, veremos; no diré ni sí ni no, porque no conviene que se trasluzca lo que se desea; pero concluiré por dejarme enternecer consintiendo en que se casen, porque tampoco conviene desesperar á la juventud.

Tales eran las ideas que giraban en mi cabeza.

El joven era además de buena familia; su tío, Daniel Merlin, era maestro de escuela en Felsberg; su padre había sido sargento en un regimiento de infantería, y su madre, Margrédel, aunque retirada con él en la casita de guarda-bosque de Thomenthal, poseía en Felsberg una casita con su huerta y algunas fanegas de tierra buena; de manera que no era posible desear union más conveniente bajo todos conceptos.

Viendo que todo marchaba á medida de mi deseo, casi todas las noches, cuando volvía de dar mis vueltas por el bosque, bajando por el sendero á lo largo del valle de Dosenheims al ponerse el sol; cuando el silencio se extendió con la sombra por la floresta, aquel silencio de la soledad, turbado apenas por el murmullo del riachuelo; yo iba pensativo imaginándome la tranquilidad con que mis hijos vivirían en aquel rincón del mundo, en la felicidad del hogar doméstico, en el nacimiento de mis nietos que llevaríamos á Dosenheims para bautizarlos en su vieja iglesia, y en otras cosas semejantes que me entretenían, haciéndome exclamar:

— ¡ Dios mío, ¡ bendito que todo esto se realice!... y cuando seas viejo, muy viejo, pobre Federico, con la espalda encorvada por los años, como la abuela Ana, y la cabeza blanca, te irás tranquilamente, satisfecho de tu vida y bendiciendo á la nueva generación, y mucho tiempo después de tu muerte el bravo Juan Merlin y María Rosita conservarán tu recuerdo.

Imaginando todo esto me detenía en el sendero más arriba de la casa de Juan Merlin, mirando su tejado, la huertecilla rodeada de empalizada, y el patio, donde la madre de Juan recogía las gallinas y los patos en el gallinero á la entrada de la noche, porque las zorras abundaban en el bosque. Entonces yo le gritaba: « ¡ Hola, Margrédel! buenas noches.»

Ella levantaba la vista y me contestaba alegremente:

— ¡ Buenas noches, señor sargento, va bien por allá!

Á lo que yo le respondía:

— Sí, Margrédel, muy bien, á Dios gracias.

Yo bajaba entonces atravesando la maleza y nos dábamos un buen apretón de manos. Era Margrédel muy buena mujer. Siempre alegre y sonriendo, á causa, según ella decía, de su confianza en Dios que le hacía ver las cosas siempre por el lado más favorable.

Sin necesidad de comunicarnos nuestros pensamientos; uno y otro nos comprendíamos; así era que hablábamos de la lluvia y del buen tiempo y no de lo que nos atañía directamente; y cuando después de mucho charlar me retiraba, Margrédel gritaba con su voz algo cascada, pues ya pasaba de los sesenta:

— Buen viaje, señor sargento; no olvidéis mis recuerdos para la señorita María Rosa y la abuela.

— No lo olvidaré; estad tranquila.

Ella se daba por enterada inclinando la cabeza, y yo me iba alargando el paso.

Algunas veces, cuando volvía ántes de las cinco, sola encontrar á Juan cerca de la casa en el sendero que rodeaba nuestra huerta, y á María Rosa cogiendo legumbres y hablando con él por encima de la empalizada sin dejar su faena.

Esto me recordaba los buenos tiempos de mi juventud cuando pretendía en amores á Catalina, y bajando sin ruido por las matujas llegando á veinte pasos detras de ellos, y les gritaba:

— Hola, Juan Merlin, de esta manera haces el servicio requiebrando á las muchachas.

Al oírme se turbaba; viendo su turbacion....

— Dispensad, señor sargento— me respondía;— he venido para un acto del servicio.... y hablaba con la señorita Rosa mientras llegaba.

Entonces, yo, en tono de broma le replicaba:

— Sí, sí.... está bien.... ahora hablaremos de eso.... yo conozco á los zorros y no me fio....

— En fin, querido Jorge, por todo esto comprenderás que habíamos vuelto á ser felices, y que yo tenía tanta confianza en Juan Merlin y en María Rosa como en mí mismo. La mala raza engañadora no es nativa de nuestro país, siempre nos vino de fuera.

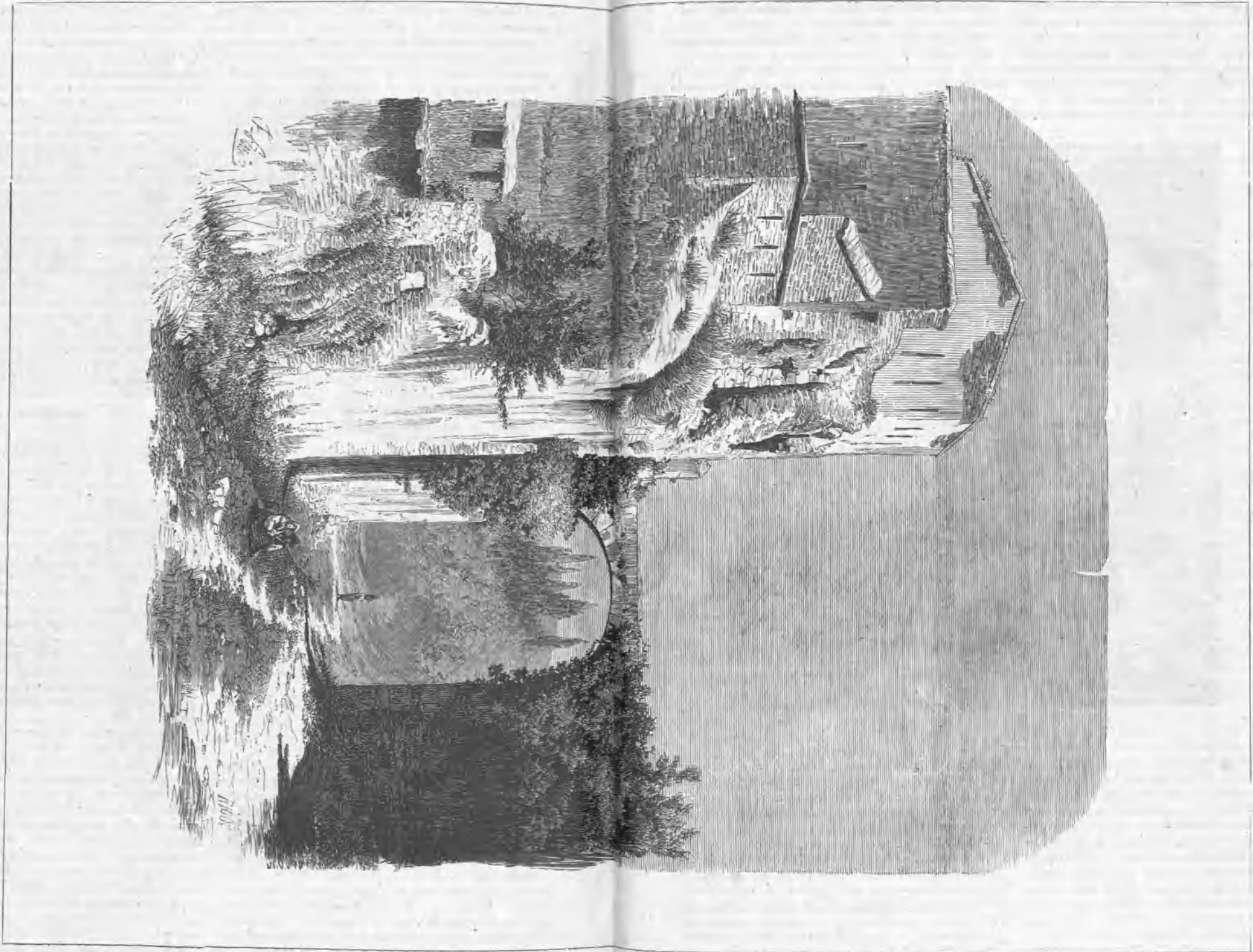
CAPÍTULO III.

De esta manera pasó todo el año de 1868. Juan Merlin no desperdiciaba ocasion para venir á casa, ya para asuntos del servicio, ya para consultarme sobre los de su familia. Sólo temía que su pretension no fuese aceptada, y algunas veces, yendo juntos por el bosque, lo veía con la vista baja, como si quisiera hablarme y no se atreviera.

Yo hubiera querido verle con más valor; pero no me tocaba á mí el comenzar y esperaba que hiciera su demanda en toda regla, por escrito ó por medio de alguno de sus parientes; como, por ejemplo, su tío Daniel, hombre respetable y á propósito para encargarse de comision tan delicada.

Tambien pensaba yo en lo que me concernía particularmente, porque si mi deseo era ver feliz á mi hija, debía en cuanto fuere posible poner de acuerdo todos los intereses. Cuando no se piensa en nada, todo parece fácil, y sin embargo, la mejor medalla tiene su reverso.

Para alcanzar mi retiro me faltaban dos años; pero si mi yerno no me reemplazaba, tendría yo que dejar á mi sucesor la casita donde había pasado tantos años en union con las personas que más amaba, como era mi pobre mujer, mi hija, el suegro Bruant y la abuela Ana. La idea de abandonar el país para vivir entre extraños me afligía, y aunque estaba seguro de que María Rosa y Juan Merlin me respetarían siempre como á un buen padre, la costumbre de volver al mismo rincón y ver las mismas cosas crea una segunda Naturaleza, hasta para los animales, y por lo que vemos á las liebres volver á su cueva aunque las hayan echado de ella á escopetazos. La necesidad de ver los mismos sitios, los objetos que nos recuerdan la juventud, los amores, y hasta las in-



MUROS DE LA ALHAMBRA.

quietudes y las penas, que llenan á la larga las tres cuartas partes de nuestra existencia, nos atraen tanto como los recuerdos de la felicidad perdida.

Pero ¡ay! nunca hubiera creído que pudiera sucederme nada peor que abandonar mi retiro con mis hijos para ir con ellos á otro semejante, y á una casa igual á la mía en medio de los pinares.

Estos pensamientos me turbaban, y desde que se

marchó el presidente Muntz no tenía á quien pedir consejos; más, cuando ménos lo esperaba, todo se arregló tan bien, que áun me enternecgo recordándolo.

Tú recordarás que durante los años 67, 68 y 69, el Gobierno construyó caminos en todas direcciones para facilitar el transporte de maderas al camino de hierro y al canal; y M. La Roche, inspector de Mon-



María Rosa hablaba con él por encima de la empalizada.

tes del canton de Lutzelestein, fué el director de aquellas obras. Era hombre como de hasta cincuenta y cinco años, robusto y grave, que no se ocupaba más que de su trabajo; no le gustaban ni la pesca, y para estar bien con él bastaba con cumplir puntualmente el servicio; él mismo llegaba con frecuencia á las canteras; explicaba con claridad las pendientes que debían seguirse; los árboles que debían arrancarse sin olvidar el más mínimo detalle. Así es que á no ser un obtuso, cualquiera le comprendía; gracias, pues, á su inteligencia y actividad, las obras adelantaban rápidamente. Monsieur Laroche no tardó en conocer á fondo su personal, y cuando estaba con-

tentó nos dirigía palabras, de esas que alientan y envanecen al trabajador que cumple con su deber. Distinguíame mucho, y con frecuencia, despues de oír en su gabinete mi informe, me decía, dándome un buen apretón de manos:

—Muy bien.... muy bien, tío Federico.

Ahora bien, en la primavera de 1869 llegó la orden de rehacer el camino que baja de la Petite Pierre al valle del Granfthal para unirlo á la nueva carretera de Saverne á Mething, y el campaine debía hacerse junto á la aserradura, no léjos de la casa del guarda-bosque, y yo me encontraba todos los dias de servicio con mi brigada, vigilando los trabajos.

Ya estaba casi terminada la primera parte, y empezaban á hacer saltar las rocas cerca del valle para regularizar la vía, cuando una mañana, al llevarle mi informe el inspector, me recibió con mucho agasajo, diciéndome:

— ¡Ah! ¿sois vos, tío Federico? ¿Qué buen tiempo hace esta mañana! Supongo que todo marcha bien por allá abajo.

— Sí, señor inspector; todo se hace según vuestras órdenes.

— Muy bien, muy bien. Sentaos y hablaremos. Almorzaréis conmigo porque mi mujer está con sus padres en la Champagne, y necesita quien me haga compañía en la mesa.

Ya otras veces cuando yo lo encontraba almorzando, me había ofrecido un vaso de vino; pero nunca le ocurrió convidarme á almorzar.

— Sentaos ahí—añadió.— Virginia, pon un cubierto para el sargento y danos de almorzar.

Figúrate cuál sería mi sorpresa y mi satisfacción también; no sabía como mostrarle mi agradecimiento, y él aparentaba no ver mi turbación. Quitóse la chaqueta y se puso una bata, preguntándome:

— ¿Teneis buen apetito, tío Federico?

— Ya lo creo, señor inspector; no me falta nunca.

— Tanto mejor, tanto mejor; empecemos por este *beefsteak*; Virginia guisa bien, vais á verlo; á vuestra salud!

— Á la vuestra, señor inspector.

Me parecía estar soñando y pensaba para mis adentros:

— ¿Eres tú, Federico, quien almuerzas aquí, en este hermoso comedor con tu jefe, y que habes esta buen vino?

En fin, yo estaba enteramente turbado.

Monsieur Laroche, al contrario, se familiarizaba más á cada momento; de suerte que despues de cebar tres ó cuatro tragos, aquello me pareció la cosa más natural del mundo. Porque su mujer estaba ausente, creía yo que él quería ganar tiempo para hablar conmigo de los trabajos del bosque, de las nuevas cortas del camino de Granfithal, y yo me atrevía ya á responderle, riendo y casi sin empacho.

Hablando, comiendo y bebiendo pasaron veinte minutos, cuando entró Virginia con almendras, bizcochos y queso de gruyere; y entónces, echándose hácia atrás contra el respaldo de la silla, me miró Monsieur Laroche con aire de buen humor y me dijo:

— ¿No es verdad que es agradable á nuestros años tener tan buena salud? ¡Ah! tío Federico, aún no hemos perdido los dientes.

— No, señor inspector, aún están bien arraigados. Esto diciendo, yo reía de tan buena gana como él.

— ¿Qué edad teneis? — me preguntó.

— Pronto llegaré á los cincuenta, señor inspector.

— Pues yo tengo cincuenta y cinco, y ya se acerca el tiempo en que nos darán el retiro. Ya veréis cómo el día ménos pensado nos mojan la oreja.

Él seguía riéndose, pero el recuerdo que acababa de evocar me quitó el buen humor. Él me puso delante el queso, y me dijo:

— ¿Y qué pensais hacer dentro de un par de años? En cuanto á mí, mi mujer quiere llevarme á Champagne, que es su tierra, lo que no me agrada mucho, porque no me gustan los llanos, sino las montañas; pero, en fin, dice el proverbio que lo que quiere la mujer lo quiere Dios, y los proverbios encierran un buen sentido muy grande.

— Sí, señor inspector—le respondí;—pero esos proverbios son muy fastidiosos, porque yo no podría abandonar nunca la montaña en que he pasado la vida; y si tuviera que dejarla no viviria quince dias.

— Sin duda—dijo él;—pero ¿qué honra de hacer? La juventud llega y hay que cederle el puesto.

Á pesar de los buenos tragos del excelente vino de mi jefe, yo me habia vuelto mudo, absorto en mis tristes pensamientos, cuando él me dijo:

— ¿Sabéis, tío Federico, lo que yo haria á estar en vuestro lugar? Ya que tanto os gusta la montaña, que no podéis vivir fuera de ella, buscaria un yerno en el cuerpo de los guarda-bosques, un buen chico que me reemplazara, y con el cual viviria tranquilamente hasta el fin, rodeado de képis verdes y del aroma de los pinos.

— ¡Ah, señor inspector, justamente no pienso en otra cosa! Pero....

— ¿Pero qué? — me replicó— ¿hay algo que os lo impida? Teneis una linda hija, y vos sois un buen hombre; ¿qué os falta? Podéis elegir á vuestro gusto entre los guardas de la Inspeccion.... Veamos: el grandallón Kerin, Donadieu y Nicolas Trompeta darian cualquier cosa por ser vuestro yerno; y ¿qué diríamos del bravo Juan Merlin?... un guarda-bosque modelo, franco, activo, inteligente, que os vendria como de molde. Sus notas son excelentes, su nombre está el primero en el cuadro de los ascensos, y á fe mía, tío Federico, creo que al daros el retiro será probablemente vuestro sucesor.

Hasta las orejas se me pusieron coloradas al oír esto, y no pude ménos de exclamar:

— Es verdad, nadie tiene nada que decir de Juan Merlin. Ni en veinte leguas á la redonda se ha visto muchacho más honrado; pero ya comprendéis, señor inspector, que yo no puedo ofrecer mi hija, y que debo esperar á que me la pidan. Merlin no me ha dicho nunca que quiere casarse con María Rosa, ni tampoco su madre Margrethel, ni su tío, ni nadie. Además, las cosas deben hacerse con la formalidad que su importancia requiere.

Iba él á responderme; pero la doméstica entró con el servicio de café, y él, tomando una caja que estaba sobre la chimenea, me dijo:

— Pues encendamos un cigarro, tío Federico.

Yo veía que él estaba muy contento, y en cuanto salió la criada, exclamó lleno de júbilo:

— ¡Hola, hola, tío Federico! ¿conque necesitais que os digan que Juan Merlin y María Rosa se aman con ternura, y que el tío Daniel venga á pedirlos á la novia, vestido de gala y con hebillas en los zapatos?

(Se continuará.)

LA ALHAMBRA.

MUROS DE LA PARTE LLAMADA EN LO ANTIGUO TORRES Y CASTILLOS DE LOS REYES CATÓLICOS, Y ACUEDUCTO POR DONDE PASA LA ACEQUIA DE GENERALIFE Á LA ALHAMBRA.

I

Si en una mañana de verano, despues de haber almorzado, en el sombrero cármén de los Siete Sueños, jamon de las Alpujarras y fresa con leche, sa-

liendo del cármén seguimos á la derecha el bello y sencillo paseo, de pendiente suave y de poca extensión al pié de los muros de la Alhambra alta, nos encontraremos delante del porton de la huerta de Generalife y de una casilla de dependientes del resguardo.

Á la izquierda, tendremos los altos muros de la extremidad nordeste de la Alhambra. Sobre un terreno desigual, arenisco, erizado de grandes fragmentos de muro medio enterrados, que recuerdan la barbarie con que los franceses que invadieron á

ANTAÑO.



Los años de los tiempos de ni abuela.

España en 1808 volaron aquella parte de la Alhambra en 1812; sobre este terreno árido y pedregoso, empieza, pasando bajo un arco de piedra y torciendo á la izquierda entre la Alhambra y Generalife, suave primero y áspero despues, el descenso de la *Cuesta de los Muertos* ó de Peña Partida. Á la derecha tenemos, entro el vallado de la huerta de Generalife y el suave declive de una colina, la rambla estrecha por donde se marcha hácia la Silla del Moro, si se sigue el vallado de la huerta, ó al cementerio y al cerro del Sol si se continúa en línea recta. Allí, en torno nuestro, hay agua, flores, árboles, pájaros que cantan, muros rojizos, certaduras de tierra cubiertas de espinos floridos, fondos verdes y rientes por la izquierda; por la derecha aridez, desnudez, aspereza; siluetas en el fondo de montes, que mirados desde allí parecen colinas deprimidas, pero que se ven á una grande altura desde la planicie de la vega; porque no hay que olvidar que el lugar en que nos encontramos es lo más alto de la colina Roja en que se asienta la Alhambra, en el principio de la meseta sobre la cual se alza ya á poca altura

la cresta del monte de la Silla del Moro, que viene á ser el contrafuerte de la cadena de montañas que se escalonan formando una de las ramificaciones ascendentes de la gigantesca Sierra-Nevada.

II

El lugar en que nos hemos detenido es bello y sombrío, fresco y agreste á la par. Tiene algo de solemne tristeza. Aquel es el Camino de los Muertos; por allí pasa indefectiblemente la poblacion de Granada, que contra su voluntad traslada su domicilio al cementerio. Por allí continúa el árido barranco que se llama *Cuesta de los Muertos*.

El extranjero no lo sabe si no se lo dicen; y sin embargo, el paso continuo de tanto y tanto cadáver parece como que ha dejado impreso sobre aquel barranco pedregoso algo de fantásticamente lúgubre.

Y luégo, aquellos viejos y carcomidos muros coronados por una innoble tapia de tierra aspillada, corroidos, rajados, cubiertos por esa caspa verdinegra de las ruinas, con las plantas parásitas arraiga-

das en sus grietas, con sus festones de hiedra; aquel arco escueto de piedra corroída, que por una parte se apoya en los muros, y por la otra en la cortadura de tierra corroída, y coronada de espinos, que constituye por aquel lado la cerca de Generalife, que se prolonga por detras del arco; la pequeña gruta abierta en la cortadura, los sombríos cipreses que se ven al traves del arco; el terreno desigual de arena rojiza y pedregosa sobre la que asoman acá y allá como dientes de vieja agudos, frag-

mentos de la muralla volada, todo aquello inspira al alma una melancolia pesada; de todo aquello brotan recuerdos, alejados algunos de ellos de nosotros por centenares de años; tan próximos los otros, que casi son nuestro ayer; la tradicion y la historia juntas, la arquitectura árabe y la romana asidas de la mano, teniendo al lado la construcción campestre; una anarquía, por decirlo así, de impresiones, una de las cien mil variedades de la romántica Granada.

OGAÑO.



Nuestros los hablantes de ahora.

III.

Esos muros desmochados, rajados, rojos y negros ó manchas, cubiertos de musgo, sepultando su cimiento en las arenas, constituyeron en lo antiguo el grupo de torres, que con la del Agua, de la cual no se ve más que la arista desde el lugar en que nos encontramos, se llamaron torres y castillos de los Reyes Católicos.

En vano procuraréis hoy deducir lo que aquello era; todo está destruido. En el exterior, ni una almena, ni un ajimez; en el interior, escombros terraplenando el muro, hasta la tapia de tierra aspillerada, que viene á ser como el sudario de aquellas venerables ruinas. De la torre del Agua, que segun la tradicion era magnífica, nada queda. En el ángulo posterior de los muros que tenemos ante la vista, sólo se ve la traza de las antiguas y estrechas escaleras árabes. El barreno frances hizo saltar completamente la magnífica torre.

Aquella torre se llamaba indudablemente del Agua, por el acueducto unido á ella, que debió ser construido, segun deducimos, porque no tenemos el dato, á juzgar por su construcción, en los tiempos del emperador Carlos V.

Como hemos indicado, aquel acueducto abre paso á la acequia que desde más arriba de Jesus del Valle, y á causa de lo vigorosamente accidentado del terreno, naciendo en el río Darro, corre inmediatamente cerca de la cresta de los montes que se encadenan con la Silla del Moro, baja en cascadas cubiertas de laureles á Generalife; llena sus estanques, alimenta sus fuentes, y va á llenar los estanques y los aljibes de la Alhambra, vertiéndose despues por sus paseos.

El nombre que en lo antiguo tuvo la torre del Agua se ignora. Á juzgar por la belleza del interior de la torre de las Infantas, pequeño y admirable alcázar encerrado entre cuatro muros de poca extensión, y teniendo en cuenta los elogios de los viejos

que conocieron la torre del Agua, se siente una irritación sorda y un odio sombrío contra el bárbaro extranjero que destruyó aquella maravilla del arte árabe. Y al mismo tiempo contrae nuestros labios una sonrisa de desden contra el que acabó de des-

mochar aquellos muros para coronarlos con aquella informe tapia de tierra.

¡Cuánta barbarie, cuánta profanación artística, cuánta grosería de sentimiento!

Nosotros adoramos á la Alhambra, la conocemos



Los Pifarari, facsimil de una agua fuerte de Pinelli.

desde nuestra infancia; ella guarda para nosotros recuerdos de placer y de dolor de nuestra juventud. Junto á los muros de su parte Nordeste, bajo el arco del acueducto, pasó el cadáver de la mujer de nuestro primer amor; veinte años despues, han pasado los cadáveres de nuestros padres.

La Alhambra, por lo tanto, es para nosotros poética y sagrada.

Toda mano que la arranca un fragmento, toda mano que la adhiera una excrecencia bárbara, es para nosotros una mano sacrilaga.

Que la dejen arruinarse bajo el roce destructor

del tiempo; que no la mutilen á pretexto de restaurarla.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(Se continuará.)

LOS PIFARARI.

(AGUA-FUERTE DE PINELLI.)

Publicamos en este número un facsimil de un agua fuerte de Pinelli; vense en ella representados

con exacta perfeccion dos pobres músicos que corren el mundo en busca del sustento necesario á su existencia.

El asunto, aunque sencillo, está perfectamente tratado, y no dudamos será del agrado de nuestros lectores.

ESTATUA DE LA LIBERTAD.

Hace algunos años que varios franceses amantes de su país y admiradores entusiastas de las grandezas de los Estados-Unidos, nacion para ellos tanto más simpática, cuanto que casi puede llamarse hija de Francia por la mucha sangre que esta nacion derramó por eximirla del yugo inglés y hacer que su independencia fuese un hecho, propusieron, con ocasion del centenario de dicha independencia (1875), á varios amigos norte-americanos, la conveniencia de que ambos pueblos hicieran alguna declaracion pública y solemne de que á través del curso de tantos años vive vigoroso y lozano su antiguo afecto y fraternal union.

La idea de edificar un monumento que para siempre consagrara fecha tan gloriosa, se presentó en seguida al entendimiento de los congregados, quienes decidieron construir una colosal estatua representando *La Libertad iluminando al mundo*.

Como era natural, siendo ambos pueblos unidos los que realizaron la empresa gloriosísima de la libertad, luchando para este objeto en los campos de batalla, debían contribuir por igual en la construcción del gigantesco monumento.

Así se convino, nombrándose enseguida un comité en el que entraron á formar parte ilustres personajes franceses y americanos, el cual al cabo de algun tiempo dió á luz el documento siguiente:

«Próximo ya el primer centenario de la independencia de nuestra gloriosa república, y siendo esta fecha memorable para nosotros, el más grato recuerdo, y para Francia una de las páginas que más honor hacen á su historia, creemos ver en ella una ocasion solemne para que esta nacion y la nuestra se unan para una comun manifestacion.

»Se trata de levantar en memoria del glorioso aniversario un monumento excepcional. En medio de la rada de Nueva-York, sobre uno de los islotes pertenecientes á los Estados-Unidos, en frente de Long Island, donde se vertieron las primeras gotas de sangre por la causa de la libertad, se levantará una estatua colosal que, surgiendo de entre las olas y representando la Libertad iluminando al mundo, de día ocupará el centro del horizonte en que se presentan las magnificas ciudades de Nueva-York, Jersey, City y Brooklyn, y de noche iluminará con la brillante aureola que luce en su frente los navios que de todo el Universo concurren á nuestro puerto.

»Los gastos de la ejecucion serán comunes, como comunes fueron los trabajos que la obra gloriosa de la independencia ocasionara.»

Este documento produjo su efecto; y la estatua encargada al reconocido talento del estatuario Bartholdi se encuentra ya terminada.

Darémos ántes de terminar una ligera descripcion.

La estatua está de pie; el brazo derecho levántalo sostiene en la mano una antorcha ó faro luminoso; el izquierdo, aplicado al cuerpo con el antebrazo, inclinado hácia adelante para coger en su mano entrecubierta unas planchas en que está grabada la declaracion de la independencia.



Vista de las escaleras interiores de la estatua de la libertad.—A. Escalera en espiral construida dentro de una columna.—B. Escalera para entrar á la cabeza de la estatua.—C. D. Escalera para subir al balcón circular construido alrededor de la antorcha.

Cubre la estatua desde la espalda hasta los piés una túnica de anchos pliegues oculta en parte bajo el antiguo *peplum* ó manto, y en la cabeza lleva la diadema de que ya hemos hablado.

El metal de la construcción, cuyas placas se hallan sujetas á un esqueleto de barras de hierro, es de cobre batido, su altura de 30 metros y la del pedestal 25.

Los monumentos como éste se hallan de ordinario rellenos, todo alrededor de su parte, hueco interior, por obras sólidas de albañilería fuertemente adheridos á la escultura exterior. Mr. Bartholdi y el ingeniero encargado de la confeccion y erccion del monumento han tenido por más aceptable la construcción de tabiques interiores que, elevándose poco á poco hasta las coderas y rellenos de arena,



ESTATUA DE LA LIBERTAD ILUMINANDO EL MUNDO.

sustituirán con ventaja las obras de albañilería; pues en las demas obras, si algun percance acontece no hay más remedio que demoler; en tanto, que haciendo uso de los tabiques, bastará abrir una chapa que á cada cual acompaña por dentro en su parte inferior, para que por su propio peso salga al punto toda la arena.

Publicamos en este número dos grabados que representan, respectivamente, la citada estatua exterior é interiormente.

SONETO.

I.

Yo confieso, Señor, que es gran pecado
Este de amar el fruto prohibido;
Pero tú sabes bien que no he cedido
Sino al caer sin fuerzas y hechizado.

Tú, que mi corazón habrás mirado,
Podrás haberlo visto arrependido;

Yo no pequé, Señor, perdí el sentido,
Y al cobrar la razon me vi manchado.

Flaca es la pobre carne que me diste;
Torpe el alma tambien, pues no refrena
Al bruto que por cárcel le pusiste.

Débil lazo á las dos las encadena:
Todo es débil, Señor; si así lo hiciste,
¿Cómo vas á imponer fuerte la pena?

CONSTANTINO GIL.

SUMARIO.

GRABADOS.—Muros de la Alhambra.—Antaño y Ogaño.—Los Pifarari.—Estatua de la libertad (dos grabados).—Varios dibujos pertenecientes á las novelas.

TEXTO.—Keraban el Testarudo, por Julio Verne (conclusion).—Los Misterios del Bosque Virgen, por Boussnard.—El Bandidero, ó una boda en las Montañas, por Mayne-Raid.—El Sargento Federico, por Erekmanh-Chatrian.—La Alhambra, por Manuel Fernandez y Gonzalez.—Los Pifarari.—Estatua de la libertad.—Soneto, por Constantino Gil.

MADRID, 1885.—Est. Tip. «Sucesores de Rivadeneyra»,
IMPRESORES DE LA REAL CASA.